

EBAL o HEBAL, *monte desnudo*, Deut. 27; 28, monte de Efraín en frente del de Garizim. Está separado de este por un valle como de 500 yardas de ancho y tres millas de largo, en el que está la ciudad de Siquem. Ambos montes son muy semejantes en longitud, altura y forma, y miden 800 pies de elevación sobre el nivel del valle. Al viajar de Jerusalén hacia el norte, y al dar una vuelta para pasar por el valle al oeste noroeste con dirección a Siquem, Hebal se tiene a la derecha y Garizim a la izquierda. Algunos han descrito el monte de maldición como estéril y yermo, y el de Garizim como risueño y fértil, Deut. 11:26-29; pero en la actualidad ambos a dos están igualmente escarpados y desnudos. Se dice, sin embargo, que el monte Garizim tiene terrenos más fértiles, y que está un poco más bajo que el monte Hebal, puesto que este se eleva 3,077 pies, aquél 2849, y Nablus como 2200 sobre el nivel del mar. Ambos están terraplenados, y la base del Hebal está llena de excavaciones sepulcrales. Véase Gerizim, Siquem.

EBED-MELEEC, esclavo del rey, siervo Etíope del rey Sedequías, que salvó al profeta Jeremías del peligro en que estaba de morir de hambre en una mazmorra, y fue por lo mismo librado cuando Jerusalén fue tomada por Nabuzardán, Jer. 38:7-13; 39:15-18. El Señor conoce a aquellos que son suyos, y socorre a los que socorren a sus santos, Mat. 10:41.

EBENEZER, piedra de auxilio, el monumento que Samuel erigió como recuerdo de gratitud por el auxilio divino dado en contestación a una súplica en una gran batalla con los Filisteos. El mismo lugar había sido antes testigo de la derrota de Israel y de la captura del Arca, 1 Sam. 4:1; 5:1; 7:5-12, aunque entonces bien puede haber sucedido que no haya tenido el nombre de Ebenezer, por haber sido sustituido su nombre original con el nuevo, cuando se escribió el libro. Estaba entre Mizpa y Sen.

ECCLESIASTÉS, el predicador, nombre de un libro del Antiguo Testamento atribuido a Salomón, como legado personal que hizo a su hijo Roboam, si bien muchos críticos piensan que fue obra de algún escritor inspirado posterior, que se sirvió de la incomparable experiencia de Salomón y habló en su nombre, Eccl. 1:1; comp. 1 Reyes 3:12 y Eccl. 1:16; 1 Reyes 10:21, 27 y Eccl. 2:4-9; 1 Reyes 11:3, 4 y Eccl. 7:26, 28. Parece que fue escrito por Salomón en su vejez después de haberse librado de los enredos de la idolatría, de la lujuria y de la sensualidad 977 A. C. Es un discurso sobre la verdadera sabiduría, con muchos preceptos aislados, ilustrados por su experiencia única en su especie, y por la observación más sagaz del curso de la vida, demostrando toda la vanidad de todos los bienes terrenales, y manifestando que hay una vida venidera mejor; que los hombres deben disfrutar alegremente de todos los dones de la Providencia, con acciones de amor y caridad y sin deseos extravagantes; y que la única verdadera sabiduría consiste “en el temor de Dios y en guardar sus mandamientos.” “Esto, dice, es el fin de todo el discurso,” Eccl. 12:15. Al leer este libro, debemos cuidarnos de no deducir opiniones de sentimientos aislados, sino del plan general y de la fuerza combinada de todo él.

ECRÓN, *desarraigado*, la ciudad más septentrional de los Filisteos que le tocó en suerte a Judá en la repartición hecha por Josué, 15:45; pero dada después a Dan, Jos. 19:43, aunque parece que los Hebreos nunca la poseyeron tranquilamente. Es memorable por su conexión con la cautividad del arca y su restauración a los Judíos, 1 Sam. 5:10; 6:1-18. El dios de las moscas era adorado allí, 2 Reyes 1:2. Su ruina fue predicha, Amós 1:8; Sof. 2:4; Zac. 9:5, 7. Robinson halló que estaba situada en la población musulmana Ákir, unas 12 millas al noreste de Asdod. No hay ruinas.

ED, *testigo*, Jos. 22:34.

EDAD, La vejez serena y sabia era considerada como una muestra del favor de Dios, Job 5:26; Zac. 8:4. Los hombres de edad eran venerados por su sabiduría, Job 15:10; 32:4, y la ley exigía a los jóvenes, que los honrasen, Lev. 19:32. Véase 1 Reyes 12:6-16; Prov. 16:31; 20:29.

EDÉN, *delicia*, l., provincia del Asia en que estaba el paraíso, Gén. 2:8. Su topografía se describe como sigue: “Salía de Edén un río para regar el huerto, y de allí se repartía en cuatro ramales. El nombre del primero es Pisón, etc.”

Región semejante existe en las altiplanicies de Armenia, al oeste del Monte Ararat, a una elevación de 5,000 pies sobre el nivel del mar. Allí, dentro de un círculo que tiene pocas millas de diámetro, nacen cuatro grandes ríos: el Éufrates y el Tigris o Hiddekel, que corren por el sur, al Golfo Pérsico; el Araxes que corre por el noreste al mar Caspio, y el Fasis o Halys, que corre por el noroeste al Mar Negro. Este cuarto río puede haber sido el Pisón del Edén, y el Araxes puede muy bien ser el Gihón, puesto que ambas palabras significan lo mismo y describen su extrema velocidad. Este país elevado, todavía fértil y hermoso, bien puede haber sido la tierra del Edén; y en su porción escogida hacia el este, puede haber sonreído el jardín alguna vez.

Otra situación del Edén se prefiere ahora por muchos intérpretes, que suponen que estaba cerca del sitio en que el Éufrates y el Tigris se unen después de sus largas correrías, 120 millas al norte del Golfo Pérsico, y en donde el río Ulai desemboca allí viniendo del noreste. En donde quiera que haya estado, el hecho es que no existe ya después de la caída y la maldición. Los primeros capítulos de la Biblia expresan que el Paraíso se perdió de vista para el hombre, y ninguna peregrinación puede descubrirlo en la tierra. Los últimos capítulos de la Biblia devuelven a nuestra vista un Paraíso más glorioso y duradero, asegurado a los creyentes por el segundo Adán. “Bienaventurados los que observan sus mandamientos para poder tener derecho al árbol de la vida.”

II. Región, probablemente al noroeste de Mesopotamia, a que se hace referencia como un emporio de Tiro y como devastado por los Asirios, 2 Reyes 19:12; Isa. 37:12; Ezeq. 27:23; Amós 1:5.

III. Dos Levitas que vivían en tiempo de Ezequías, 2 Crón. 29:12; 31:15.

EDOM, rojo, l., nombre de Esaú, hijo mayor de Isaac, que le fue dado con motivo del color de su cutis, o, según parece, con el del nombre común que tenía el alimento por el cual vendió su primogenitura—“ese mismo rojo,” Gén. 25:25, 30. Véanse Esaú e Idumea.

II. Idumea, Heb. *Edom*, se extendía en un principio desde la extremidad meridional del Mar Muerto hasta el Golfo de Akaba, y desde el Valle de Araba al oeste, hasta el desierto de la Arabia al este, teniendo 100 millas de longitud por 20 de latitud. En un periodo posterior, una parte de la Palestina meridional, con las regiones adyacentes de la Arabia Petrea, fue ganada por los Idutneos, Ezeq. 36:5; 1 Maca. 5:65; Mar. 3:8. La primitiva Edom es distrito áspero y montañoso, cuya mayor elevación, que llega a 3,000 pies, es una cadena de rocas calizas al este, que limita la meseta arábica, a donde va descendiendo gradualmente. Cerros de piedra caliza sirven de límite al valle de Arabah al oeste, y la cadena que forman en su parte media contiene rocas de pórfido, cubiertas de arenisca.

Rocas escarpadas y profundas hondonadas se encuentran en abundancia, y la porción arenosa está veteada da amarillo, color de rosa, azul, púrpura y pardo, predominando el carmín—lo que hizo que el nombre de Edom, que significa rojo, le hubiese sido transmitido fácilmente a la tierra de que éste tomó posesión. En los valles y en las alturas de alguna extensión crecen con exuberancia el pasto, las flores, y los árboles, alimentados por muchos manantiales y por un suelo en extremo fértil, Gén. 27:39; Núm. 20:17; y se producen cosechas de diversos granos por los campesinos semi-beduinos. Las principales ciudades eran Bozra, la antigua capital, Elat, Maón, Ezion-geber y la última capital, Sela (véase esta

palabra). El país está ahora dividido en dos provincias: la septentrional, llamada Gebal, y la meridional Esh-Sera. Las profecías sobre la destrucción de Edom se cumplieron de un modo muy notable, según lo atestiguan todos los viajeros. Véanse Jer. 49:7-22; Ezeq. 25:12-14; 35:3-15. Las ruinas de muchas ciudades son visibles, y unas cuantas poblaciones están habitadas por los semi-beduinos que cultivan el terreno, y hordas turbulentas de Beduinos merodean por toda esa región.

Habitando en “las aberturas de las rocas,” allí estaban primero los Horeos, Gen. 14:6, a cuyo antepasado Seir le dio su nombre el monte Seir, escabroso, Gén. 36:20-30. Los Horeos eran probablemente habitantes de cuevas, y estas habitaciones en las cuevas abundan en Edom meridional. Fueron desposeídos por Esaú, Gén. 32:3; 36:1, 8,9; Deut. 2:5, 12, 22. Los “duques” de Edom eran probablemente muy semejantes a los Sheikes de los tiempos modernos, y reconocían también la supremacía de un emir o rey, Gén. 36:41-43; Exod. 15:15; Núm. 20:14. La enemistad de Jacob y de Esaú fue perpetuada en sus descendientes. Al acercarse Israel, viniendo del oeste, los Idumeos le rehusaron que pasara pacíficamente, Neh. 20:14-21, por su país; pero después se le concedió el paso, Deut. 2:28, 29, y a Israel se le mandó que conservase relaciones amistosas con ellos, Deut. 2:4-7; 23:7. Con todo las hostilidades parecían inevitables. Saúl guerreó con ellos, 1 Sam. 14:47; David los subyugó, 2 Sam. 8:14;

1 Reyes 11:15; 1 Crón. 18:11-13, cumpliendo la profecía de Isaac, Gén. 27:29. Bajo Adad se rebelaron contra Salomón, 1 Rey. 11:14-22, pero auxiliaron a Israel y a Judá contra Moab, 2 Reyes 3. Se unieron a otros enemigos de Judá contra Josafat, 2 Crón. 20:1, 10, 11; Salm. 83:6, pero fueron milagrosamente destruidos, 2 Crón. 20:14-29, y quedaron sujetos a Judá, 1 Rey. 22:47. En el reinado de Joram consiguieron su independencia, 2 Reyes 8:20-22; 2 Crón. 21:8, 10, cumpliendo la segunda profecía de Isaac, Gén. 27:40. Amasías los castigó y tomó a Sela, 2 Reyes 14:7; 2 Crón. 25:10, 12, pero adoptó su idolatría, vers. 14, 20. Alcanzaron buen éxito en contra de Judá en tiempo de Acáz, 2 Crón. 28:17, y alentaron a Nabucodonosor en su hostilidad contra Jerusalén, Salm. 137:7. Por su violencia se denunció contra ellos varios veces un castigo, Joel 3:19; Amós 1:11; Jer. 49:17; Ezeq. 25:12-14; 35. Después de la toma de Jerusalén, Nabucodonosor, según Josefo, humilló a todas las comarcas de los alrededores de Judá, aunque no llevó cautivos a sus habitantes, Jer. 27:1-11; Mal. 1:3, 4. Subsecuentemente los Idumeos se apoderaron de la parte meridional de Judá, y fueron sucedidos en sus propios dominios, el monte Seir, por los Nabateos, descendientes de Nabiot, hijo de Ismael, Gén. 25:13, Esto hizo que el país situado entre el Valle del Araba y el Mediterráneo, y desde Elat hasta Eleuterópolis, al noroeste de los Hebreos, se conquistase el nombre de Idumea. En Edom propiamente dicho, los Nabateos fundaron el reino de Arabia Petrea, y fueron gobernados por reyes, algunos de los cuales tienen el nombre de Aretas, 2 Cor. 11:32. Los verdaderos Idumeos en el sur de Judá fueron derrotados por Judas Macabeo y subyugados por Juan Hircanus, quien los hizo sus prosélitos por la fuerza, 130 A. C. Antipater, Gobernador de Judea, 47 A. C., y su hijo Herodes el Grande, eran Idumeos. Veinte mil Idumeos fueron invitados para ir a Jerusalén antes del sitio de esta por Tito; pero en vez de defender la ciudad, se entregaron al robo y al asesinato. Después que Edom fue conquistada por los Romanos bajo Trajano, 105 A. D., su comercio y su riqueza aumentaron, se abrieron caminos para dar más extensión a su antiguo comercio con la India, la Persia y el Levante, y los maravillosos templos, los palacios, las tumbas y las escaleras de la ciudad de rocas de Petra fueron talladas o esculpidas en los sólidos peñascos que allí había. El cristianismo se estableció allí, y Petra tenía su obispo. Antes, y todavía aún después de la conquista de Edom por los Mahometanos, su prosperidad decayó y sus ciudades se arruinaron según estaba predicho. Los cruzados penetraron a Petra, sitio al cual le dieron el nombre de “El Valle de Moisés,” nombre que conservan los Árabes, llamándolo la cañada Musa. El primer viajero moderno que atravesó a Idumea fue Burckhardt en 1812; desde entonces lo han seguido otros muchos, aunque los trabajos de exploración se han hecho difíciles por las tribus rivales de belicosos Beduinos, que le exigen todo lo posible al viajero a quien le permiten cruzar sus fronteras.

EDREI, fuerte, I., una de las capitales de Basán cerca de la cual fueron destruidas las fuerzas de Og, Núm. 21:33-35; Deut. 1:4; 3:1-3; Jos. 12:4. Después fue comprendida dentro de los límites de Manasés, Jos. 13:31. Sus ruinas, que se hallan en un terreno rocalloso casi inaccesible, cubren un gran espacio. Fue lugar de cierta importancia en los primeros siglos del Cristianismo y en la era de las cruzadas. Ahora se llama Edra, y está como a 35 millas al este de la desembocadura del mar de Galilea.

II. En Neftalí, cerca de Cedes, Josué 19:37.

EFA, *oscuridad*, medida de capacidad usada entre los Hebreos, y que contenía tres cuartas partes de un bushel o tres pintas (medidas inglesas). El efa era una medida de áridos, como cebada, Rut 2:17; y de harina, Núm. 5:15; Jue. 6:19; y era de la misma capacidad que el bal usado para medir líquidos. Véanse Bato y Medidas.

II. El hijo de Madián y nieto de Abraham, Gén. 25:4, que se estableció, dándole su nombre, en una región de la Arabia, región que se supone estaba cerca de Madián, Isa. 60:6.

Otros dos de este nombre se mencionan, 1 Crón. 2:46, 47.

EFER, *ternero*, segundo hijo de Madián, Gén. 25:4; 1 Crón. 1:33. Su locación es desconocida. Otro Efer fue hijo de Esdras, y otro tercero fue cabeza de una familia en Manasés, al este del Jordán, 1 Crón. 4:17; 5:24.

EFESDAMIM, *cesación de sangre*, en donde David dio muerte a Goliat, 1 Sam. 17:1; llamado Pasdamim en 1 Cró. 11:13. Véanse Ela y Soco.

EFESIOS, Epístola a los. Esta epístola fue escrita por Pablo en Roma, Hech. 28:16, probablemente 62 A. D., al mismo tiempo que la dirigida a los Colosenses, a la que se parece mucho, habiendo ambas sido enviadas por conducto de Tíquico. Aunque escrita principalmente para la iglesia que él mismo había fundado y en la cual había trabajado tanto, y de la que se había despedido tan tiernamente, Hech. 18:19; 19:1-20; 20:18-35, esta epístola parece haber tenido también por objeto a todas las iglesias vecinas, y ahora está dirigida y es comprensible a todos los que la estudian. La primera parte de ella es un grato discurso sobre el vasto plan de la divina gracia y las bendiciones que de ella dimanar. La última parte inculca la consistencia y la firmeza cristianas, y un fiel cumplimiento de todos los deberes anexos a estas virtudes. Es una de las epístolas más ricas y valiosas, por tener singular abundancia de asunto, profundidad de doctrina, sublimidad de estilo y emoción ardiente, que la hace preciosa a los cristianos de cualquiera tierra.

ÉFESO, la capital de Ionia, ciudad célebre del Asia Menor, situada cerca de la desembocadura del Cavster, como 40 millas al sudeste de Esmirna. Es célebre por el culto y el templo de Diana, siendo éste último una de las siete maravillas del mundo. Véase Diana. "Las letras efesias" o amuletos, se mencionan con frecuencia por los escritores clásicos, y "las artes mágicas," a que Lucas hace también referencia, habiendo sido quemados por hechiceros penitentes, libros de magia hasta por el valor de \$30,000. Pablo visitó primero a Éfeso por el año 54 A. D., Hech. 18:19, 21. Esta primera y breve visita fue seguida de otra más larga hacia el fin del mismo año, la cual duró los dos años siguientes, Hech. 19:10; 20:31. La iglesia establecida así desde un principio disfrutó de los trabajos de Aquila y Priscila, de Tíquico y Timoteo. Fue favorecida con una de las mejores epístolas de Pablo; sus ancianos tuvieron una entrevista con él en Mileto, antes de que viese a Roma, y se supone que los visitó después de su primera

prisión. Entre sus amigos de allí se contaban Trófimo, Tíquico y Onesíforo, y entre sus enemigos Sceva, Himeneo, y Alejandro, Figelo y Hermógenes. Allí se dice que el apóstol Juan pasó la mayor parte de su vida, y escribió su evangelio y sus epístolas, y que habiendo escrito en la Isla de Patmos el mensaje de Cristo a los Efesios, regresó y murió entre ellos.

Cristo da a la iglesia de Éfeso un alto grado de alabanza, unida a una solemne amonestación, Apoc. 2:15, que parece no impidió su extinción final, si bien continuó existiendo por espacio de 600 años. Pero ahora es un hecho que su candelero ha sido removido de su lugar. El asiento de esa grande y opulenta ciudad está desolado. Su antigua morada se ha convertido en un pantano pestilente; el ameno y fértil terreno plano situado al sur del Cayster se halla ahora sin cultivo bajo el gobierno desarreglado de los Turcos, y las alturas que la rodean presentan solo informes ruinas. Contornos de un inmenso teatro, Hech. 19:29, de 660 pies de diámetro subsisten todavía en la roca sólida, y se han desenterrado unos cuantos restos del templo de Diana.

EFATA, *que está abierto*, palabra siro-caldea, que nuestro Salvador pronunció cuando curó a un sordomudo, Mar. 7:34.

EFOD, una parte ornamental del traje usado por los sacerdotes hebreos. Se llevaba sobre la túnica y el manto; no tenía mangas, y estaba abierto en los brazos por ambos lados, consistiendo en dos piezas, una de las cuales cubría el frente del cuerpo y la otra la espalda, las cuales se unían en los hombros por medio de hebillas de oro incrustadas de joyas, y llegaban hasta la mitad del muslo. Tenía un cinto entretejido para atarse alrededor del cuerpo, Ex. 28:6-12; 29:9.

Había dos clases de efods: uno sencillo de lino para los sacerdotes, 1 Sam. 22:18, y el otro para el sumo sacerdote, ricamente bordado y con broches de oro y anillos para sujetar el racional que tenía las piedras preciosas grabadas con los nombres de los hijos de Israel. El joven Samuel usaba efod aunque era levita y niño, 1 Sam. 2:18. David, al trasportar el arca a Jerusalén, tenía ceñido “un efod de lino,” 2 Sam. 6:14. Los judíos veían con singular superstición esta vestidura, y la empleaban en conexión con el culto idólatra. El efod de Gedeón llegó a ser un lazo para Israel; y Micaía hizo uno para que su ídolo fuese debidamente reverenciado, Jue. 8:27; 17:5; 18:17.

EFRAÍN, *doble fertilidad*, segundo hijo de José y de Asenat, nacido en Egipto, Gén. 41:52. Aunque era el menor, recibió la principal bendición profética de su abuelo Jacob, teniendo a su muerte como 21 años de edad, y su tribu fue siempre más distinguida que la de su hermano Manasés, Gén. 48:8-20; Núm. 2:18-21. Bajo la dirección del noble Josué, que era Efraimita, la tribu adelantó rápidamente en número e influencia. La porción de Efraín era grande y central, y abrazaba algunas de las tierras más fértiles de todo Canaán, Deut. 33:13-17. Se extendía desde el Mediterráneo a través del Jordán, al norte de las porciones de Dan y Benjamín, e incluía a Siloé, Siquem, etc. Una cordillera formada por el terreno montañoso que se extiende por esa porción, entre la llanura de Sarón al oeste y el valle del Jordán al este, ha recibido el nombre de “las montañas de Efraín,” o “Monte de Efraín.” Esta cordillera se extiende también más lejos hacia el sur, entrando a la porción de Judá, y allí se le llama “las montañas de Judá.” Véase Tribu. Esta tribu ambiciosa se puso a la cabeza de las diez contra Roboam, y formó de hecho el corazón y la fuerza de la nueva nación; Tirsá y Samaría, sus capitales, estaban dentro de sus límites, y el nombre de Efraín fue usado frecuentemente como el de todo el reino de Israel, Isa. 11:13; Jer. 31:6; 30:19. Su decadencia y ruina se lamentan de un modo conmovedor en Ose. 11:1-8.

El bosque de Efraín en donde Absalón perdió la vida, estaba al este del Jordán, cerca de Mahanaím, 2 Sam. 18:6-8, y es todavía una región bien poblada de árboles.

La ciudad llamada de Efraín, a la cual se retiró el Señor huyendo de sus enemigos, Juan 11:54, fue probablemente el mismo lugar mencionado en 2 Crón. 13:19 y llamado Ofra en Jos. 18:23; 1 Sam. 13:17. Véase también 2 Sam. 13:23. Se supone que es la actual Taiyibeh, en un cerro que da sobre el valle del Jordán, cinco millas al noreste de Betel.

EFRATA, *fértil*, l., la segunda esposa de Caleb y madre de Ur, 1 Crón. 2:19; y que se supone por algunos que dio su nombre a la ciudad de Efrata o Belén, 1 Crón. 2:50, 51; 4:4. Pero comp. Gén. 35:16, 19; 48:7. Elimelec era un Efratita de Belén, Rut 1:2; 4:11; también lo fue David, 1 Sam. 17:12.

II. Un nombre de Efraín y de los Efraimitas, 1 Sam. 1:1; 1 Reyes 11:26; Salm. 132:6.

EFRÓN, *semejante a un cervato*, Heteo que residió en Hebrón en tiempo de Abraham, Gén. 23. La bella relación hecha de su transacción con Abraham, tan llena de los cumplimientos y ceremonias orientales que en esa tierra se usan aun en nuestros días—pero que entonces se hacían con mucho mayor sinceridad—así como la subsecuente mención de su nombre, le señalan como príncipe en aquella tierra.

EGIPTO, país célebre al norte del África y al este del Mar Mediterráneo. Los Hebreos lo llamaban Mizraim, Gén. 10:6, y ahora los Árabes le llaman Mir. También se le llama en la Escritura “la tierra de Cam,” Salm. 105:23, 27, y “Rahab,” Salm. 87:4. Los Griegos y los Romanos le llamaban Egiptus; pero el origen de su nombre es desconocido.

La tierra habitable de Egipto consiste en su mayor parte en un gran valle a través del cual derrama el río Nilo sus aguas, y se extiende en línea recta como unas 450 millas de norte a sur, limitado al este y al oeste por cordilleras de montañas que se aproximan al río o se retiran de él más o menos en diferentes partes. En donde este valle termina hacia el norte, el Nilo se divide como a 70 millas de la costa del mar en varios brazos, que circundan el paraje llamado Delta, por tener la forma de la letra griega A de este nombre. Los antiguos enumeraban siete brazos y bocas; el oriental era el de Pelusium, ahora Tineh; y el occidental el de Canopus, ahora Abou-kir. El profeta Ezequiel describe a Egipto extendiéndose de Migdol, esto es Magdo-lum, no lejos de la boca del brazo Pelusiano, a Syene, ahora Essuán, es a saber, a la frontera de Etiopía, Ezeq. 29:10; 30:6. Allí el Nilo sale de las rocas de granito de las cataratas y entra al Egipto propiamente dicho. La longitud del país, por tanto, en línea recta, es como de 500 millas, y su área de 11,000 millas cuadradas. La anchura del valle entre Essuán y el Delta es muy desigual y varía de dos a doce millas, siendo de siete, quizás, por término medio.

En algunos lugares las inundaciones del río se extienden hasta el pie de la montaña; en otras partes queda una faja de una milla o dos de anchura que nunca cubren las aguas y que está por tanto siempre seca y desnuda. Hay ahora como 5,600 millas cuadradas a propósito para el cultivo, a las cuales pueden añadirse cosa de 1,500 haciendo los esfuerzos convenientes. Originalmente el nombre de Egipto designaba solamente el Valle y el Delta; pero en un periodo posterior llegó a incluir también la región que se halla entre éste y el Mar Rojo al este, y una parte del desierto al oeste.

El país que se halla en las cercanías de Syene y de las cataratas, es muy pintoresco; las otras partes de Egipto y especialmente el Delta, son uniformes y monótonas. El aspecto que presentan, sin embargo, es en extremo variado, según la estación del año. Desde la mitad de la primavera en que se han terminado las cosechas, no se ve otra cosa que un terreno parduzco y polvoroso, lleno de hendeduras y de grietas. En el equinoccio de otoño, el país no presenta sino una superficie inconmensurable de agua rojiza o amarillenta, de la cual se levantan palmeras de dátiles, algunas poblaciones, y angostos diques que

serven como medios de comunicación. Después que las aguas se retiran—y es por corto tiempo que permanecen en lo general a esta altura—no se ve hasta el fin del otoño, otra cosa que lodo negro y pegajoso. Pero en el invierno la naturaleza se ostenta en todo su esplendor. En esta estación, la frescura y el poder de la nueva vegetación, y la variedad y abundancia de producciones vegetales, son superiores a todo lo que a ese respecto se conoce en las partes más célebres del continente europeo; y Egipto es entonces del uno al otro extremo del país como un hermoso jardín, un verde prado, un campo sembrado de flores, o un océano agitado de granos en espiga, debido todo a las inundaciones anuales del Nilo. De aquí es que Egipto fue llamado por Heródoto “el don del Nilo.” Véase Nilo. El cielo no es menos uniforme y monótono que la tierra; forma constantemente una bóveda pura, despejada, de un color y de una luz más bien blanca que azul. La atmósfera tiene un esplendor que la vista apenas puede soportar; y un sol abrasador, cuyo calor no está templado por ninguna sombra, tuesta durante todo el día estas vastas llanuras sin protección. El único árbol es el palmero de dátiles, que abunda bastante; pero siendo su tronco alto y delgado, y teniendo apenas en la punta una copa formada por su follaje, muy poco sirve para obstruir la luz y sólo proyecta sobre la tierra una sombra pálida e incierta. El Egipto, por tal razón, tiene un clima muy cálido; el termómetro en el verano marca comúnmente de 80 a 90 grados Fahrenheit; y en el Alto Egipto sube más todavía. El viento abrasador del desierto, Simún o Khamsim, se hace sentir también de ordinario hacia la época del equinoccio de invierno.

Las provincias y ciudades de Egipto mencionadas en la Biblia pueden clasificarse bajo tres grandes divisiones:

I. Bajo Egipto. El límite noreste de esta región era “el río de Egipto,” en la extremidad de Palestina. El desierto que se halla entre este punto, el Mar Rojo, y el Antiguo Pelusium, parece haber sido el Desierto de Sur, Gén. 20:1, llamado ahora El-Djefer. El Sin, “la fuerza (llave) de Egipto,” Ezeq. 30:15, era probablemente Pelusium. La tierra de Gosén parece ser la que quedaba entre el Pelusium, la rama pelusiana del Nilo, y el Mar Rojo, limitada al noreste por el Desierto de Sur, y constituyendo quizá una parte de la provincia de Rameses, Gén. 47:11. En este distrito o en lugares adyacentes a él, se mencionan también las ciudades de Pitón, Raamses, Pi Beset, y On o Heliópolis. En el mismo Delta se hallaban Tahapanes, esto es, Taf-ne o Dafne; Zoan, el Tanis de los Griegos, y Leontópolis a que quizá se alude en Isa. 19:18. Al oeste del Delta estaba Alejandría.

II. Egipto del Medio. Allí se mencionan Mof o Memfis, y Hanes, el Heracleópolis de los Griegos.

III. Alto Egipto. La parte sur de Egipto parece que fue llamada por los Hebreos Patros, Jer. 44:1, 15. La Biblia menciona allí solamente dos ciudades, a saber: No, o con más extensión No-Amón, por la cual los Setenta pusieron Diópolis, nombre griego de Tebas, la más antigua capital del Egipto (véase Anión), y Sy-ene, la ciudad meridional y límite del Egipto.

Las principales producciones agrícolas de Egipto son trigo, maíz grande y pequeño, arroz, cebada, frijoles, pepinos, sandías, puerros y cebollas; también azúcar, lino y algodón. La palma de dátiles y las parras son muy comunes. El pápyrus se halla todavía, aunque en pequeña cantidad. Véanse Libro, Junco. Los animales de Egipto, además de las clases comunes de ganados domésticos, son el buey silvestre o búfalo, de los cuales había grandes manadas; el asno y el camello, multitud de perros sin dueños, el icnéumon, el cocodrilo y el hipopótamo, existiendo estos dos últimos sólo en el alto Nilo. Los buitres y los gavilanes, así como también los peces y las ranas, y en el desierto serpientes venenosas. No son raras tampoco las parvas de langostas.

Los habitantes modernos de Egipto pueden considerarse como incluidos en tres divisiones: 1. Los Coptos o descendientes de los antiguos Egipcios. 2. Los fellahs o labradores, que se supone representan la gente llamada en la Escritura Ful. 3. Los Árabes o conquistadores del país, incluyendo los Turcos, etc. Los Coptos son nominalmente cristianos, y los empleados y aritméticos del país. Han visto tantas revoluciones entre los gobernantes, que les importa muy poco el buen o mal éxito de los que aspiran al poder. Los fellahs sufren tanta opresión y se ven tan despreciados por los Beduinos o Árabes errantes, que muy rara vez adquieren propiedades, y por rareza también las disfrutan tranquilamente; con todo, forman una raza interesante, y son muy apegadas a su país nativo y al Nilo. Los Árabes odian a los Turcos; esto no obstante, los Turcos gozan de la mayor parte de los empleos del gobierno, si bien no se hallan muy seguros en esta posición. En estos últimos años se ha agregado un elemento creciente de residentes europeos y americanos, ocupados como misioneros y maestros, e inmiscuidos en la vida mercantil y en los asuntos del Gobierno. La apertura del canal de Suez al comercio del mundo y las innovaciones llevadas por los ferrocarriles y buques de vapor, están llevando la influencia europea a la tierra de los Faraones; y por la derrota del Arabi Pasha en 1881 ha pasado a la condición de dependencia virtual de Inglaterra.

Los monumentos más extraordinarios del antiguo poder e industria de los Egipcios eran las pirámides, que subsisten todavía y que causan el asombro y la admiración del mundo. Ninguna obra del hombre, de las que ahora existen, es tan antigua o tan vasta como estas estructuras misteriosas. La mayor de ellas cubre una área cuadrada de 13 acres, y tiene todavía una altura de 474 pies. Se cree generalmente que fueron erigidas más de dos mil años antes de Jesucristo, como sepulcros de reyes.

Pero además de estos imperecederos monumentos de reyes hace tanto tiempo olvidados, Egipto abunda en otras construcciones que son casi tan maravillosas como las pirámides, y se hallan en las hermosas islas que están arriba de los cataratas, cerca de Syene, y en otros lugares del Alto Egipto, especialmente en el valle del Nilo cerca de Tebas, incluyendo a Carnac, Luxor, etc. Los templos, estatuas, obeliscos y esfinges que cubren el terreno, asombran al visitante por su colosal altura, su pesada magnitud y su vasta extensión; a la vez que las moradas de los muertos, es decir las tumbas abiertas en las rocas, ocupadas por muchos miles de momias, se extienden a grandes distancias en las montañas adyacentes. En 1881 se hizo el nuevo descubrimiento en Deir-el-Bahri, cerca de Tebas, de una caverna subterránea, en la cual habían sido reunidas cosa de cuarenta momias de reyes y cajas de momias, cuyos nombres han sido identificados, citándose entre ellos reyes y reinas de la 17^a, 18^a, 19^a y 21^a dinastías, incluyendo a Totmes III, y a Rameses II, el más famoso de los monarcas egipcios. Veintinueve de estas momias, con sarcófagos y numerosas reliquias están en el Museo de Boulak.

Las enormes columnas de los templos del Alto Egipto, sus vastas paredes y muchas de las tumbas están cubiertas con esculturas y pinturas que son en extremo valiosas por la luz que arrojan sobre la vida pública y doméstica de los antiguos Egipcios. Véase Sisac. Con estas están mezcladas muchos registros por medio de jeroglíficos que han comenzado a descubrir su significado, por tanto tiempo oculto, a las investigaciones de la ciencia moderna. Algunos de estos son meros símbolos que comparativamente es fácil entenderlos. Pero una gran porción de ellos se ha hallado ahora que están escritos con una especie de alfabeto pictórico, representando cada símbolo el sonido con el cual comienza su propio nombre. Así Osir, el nombre del Dios egipcio Osiris, tendría que representarse por la pintura de una caña, de un niño y de una boca; porque los sonidos iniciales de las palabras coptas para llamar estos tres objetos, a saber: oke, si y ro componen el nombre de Osiris.

Hay sin embargo gran ambigüedad en la interpretación de estas consignaciones, y en muchos casos las palabras, cuando aparentemente se han descifrado, son con todo ininteligibles, y parece que forman

parte de un dialecto sacerdotal comprensible sólo por la gente erudita. Estas formas más antiguas de escritura fueron sustituidas hace muchos años por el alfabeto copto, en que escribieron muchos autores cristianos, y que ahora ha caído en desuso. En la actualidad, la lengua predominante es la árabe.

La historia primitiva del Antiguo Egipto está envuelta en grande oscuridad. Todas las relaciones, sin embargo, y el resultado de todas las investigaciones modernas, representan su cultura y civilización como de una gran antigüedad. El país en los tiempos primitivos fue poseído por varios reyes o por estados contemporáneos, que al fin se unieron formando un reino poderoso. El historiador Manetho, sacerdote egipcio, 280 años A. C., citado varias veces por Africanus y Eusebio, da una lista de treinta dinastías egipcias; y éstas, en caso de ser sucesivas, tendrían qué retro-llevar la primera, es decir, la de Menes, a una muy remota antigüedad. Pero las inscripciones monumentales, según han ido descifrándose gradualmente, y Manethomismo en cierto pasaje, parecen manifestar que estas dinastías, especialmente las más antiguas, eran algunas veces contemporáneas y no sucesivas. Por lo que hace a las últimas dinastías, véase Faraón.

La religión del Antiguo Egipto consistía en el culto tributado a los cuerpos celestes y a los elementos de la naturaleza; los sacerdotes cultivaban al mismo tiempo la astronomía y la astrología, y a estos pertenecían probablemente los sabios mencionados en Exod. 7:11, 22. Eran las castas honradas y poderosas de todas en que el pueblo estaba dividido. Esta sabiduría fue probablemente en la que Moisés se instruyó, Hech. 7:22.

Pero la religión egipcia adoptaba animales vivos como símbolos de los objetos reales de adoración. Muchas especies de animales eran sagrados, y al que los mataba se le imponía la pena de muerte. Había en particular animales que se cuidaban en los templos, y eran adorados con sacrificios como dioses. Véase Exod. 12:12.

Numerosos pasajes de los sagrados "Libros de los muertos," escritos en las envolturas de las momias y recientemente interpretados, prueban que por lo menos la mejor clase de los Egipcios conservaba muchas verdades reveladas por Dios al género humano en los primeros siglos: creían en un Dios supremo de atributos infinitos, en la inmortalidad del alma, y en premios y castigos futuros; y el concepto que tenían de Dios como juez final y protector de los almas fieles, bajo el nombre de Osiris, era semejante al que expresa Job en el cap. 19:25-27.

Esta antigua y notable tierra se menciona a menudo en la Escritura. Un nieto de Noé parece haberle dado su nombre, Gén. 10:6. En la época de Abraham era el granero del mundo, y el mismo patriarca recurrió allí en una hambre, Gén. 12:10. Su esposa tenía una esclava egipcia, Agar, madre de Ismael, quien también buscó esposa en Egipto, Gén. 21:9, 21. Otra hambre en tiempo de Isaac, casi lo llevó a Egipto, Gén. 20:2; y Jacob y toda su casa acabaron sus días allí, Gén. 39-50. Después de que Israel escapó de su penosa esclavitud en Egipto, vemos que hubo poco trato entre ambas naciones, por espacio de muchos años. En tiempo de David y de Salomón se vuelve a hacer mención de Egipto. Salomón se casó con una princesa egipcia, 1 Reyes 3:1; 9:24; 11:1. Pero en el año quinto del reinado de su hijo Roboam, Judá se humilló a los pies de Sisac, rey de Egipto, 2 Crón. 12; y por muchas generaciones después los Judías fueron alternativamente aliados o estuvieron en guerra con esa nación, hasta que uno y otro pueblo fueron subyugados por el Imperio Asirio, 2 Reyes 17; 18:21; 23:29; 24; Jer. 25; 37:5; 44; 46.

Egipto fue conquistado por Cambyses y se hizo una provincia del Imperio persa, por el año 525 A. C. Así continuó hasta que fue conquistado por Alejandro, 332 A. C., después de cuya muerte formó

juntamente con Siria, Palestina, Libia, etc., el reino de los Ptolomeos. Después de la batalla de Actium, 30 A. C. se hizo de ese país una provincia romana. En tiempo de Cristo había una multitud de judíos en Alejandría, Leontópolis y otros puntos de Egipto; y nuestro Salvador mismo halló asilo allí en su infancia, Mat. 2:13. Desde aquel tiempo ha dejado de ser Estado independiente, y su historia ha estado incorporada en la de sus diferentes conquistadores y poseedores. En 640 A. D. fue conquistado por los Árabes, y en periodos posteriores ha pasado de manos de los califas al poder de los Turcos, Árabes, Kurdos y Mamelucos; y desde 1517 ha sido gobernado como una provincia del Imperio turco. De esa manera han sido cumplidas las antiguas predicciones consignadas en la Palabra de Dios, Ezeq. 29:14, 15; 30:7, 12, 13; 32:15. Su población actual pasa de 5,000,000.

“El río de Egipto,” Núm. 34:5; Jos. 15:4, 47; 1 Reyes 8:65; 2 Reyes 24:7; Isa. 27:12; Ezeq. 47:19; 48:28, se cree general mente que designa el pequeño y periódico arroyo El-Arish, que desagua en el ángulo sudeste del Mediterráneo en Rhinocolura. En Gén. 15:18 se usa palabra diferente para significar un río permanente, el Nilo.

EGIPCIO. En Hech. 21:38 el jefe de un tumulto popular en tiempo de Félix. Josefo lo menciona como un Egipcio y un juglar, o la cabeza de una cuadrilla de asesinos, con quienes se unió una hueste mixta de algunos miles sin orden ni energía; parte de estos fueron al parecer muertos o capturados en el monte de los Olivos, y los que quedaron huyeron al desierto.

EGLA, *ternera*, una de las esposas de David en Hebrón y madre de Jetream, 2 Sam. 3:5; 1 Crón. 3:3.

EGLAIM, dos lagos pequeños, Isa. 15:8.

EGLÓN, *semejante a una ternera*, l., rey de Moab que con el auxilio de Amón y de Amalec, subyugó las tribus de Israel del sur y del este. Hizo a Jericó el asiento de su gobierno, y reinó 18 años; pero fue muerto por Aod y destruido su pueblo al oeste del Jordán, Jueces 3:12-33.

II. Ciudad en el país bajo de Judá; una de las cinco que se ligaron contra Gabaón, Jos. 10:3-5; 15:39. Añorase llama Ajlam y está diez millas distante de Eleutherópolis, y a 14 de Gaza.

EJERCITOS. Así se ha traducido en Rom. 9:29; Sant. 5:4, la palabra que corresponde a la hebrea *Tsébaath*, hueste o ejércitos, como representante en parte del título divino que tan a menudo se halla en el Antiguo Testamento, “Jehová de los ejércitos,” 1 Sam. 17:45; Salm. 24:10; Isa. 1:9; Jer. 38:18. Debemos tomar la palabra ejércitos en un sentido más comprensivo, como incluyendo el ejército del cielo, compuesto de los ángeles y ministros del Señor; de las estrellas y planetas, todos los cuales, como un ejército disciplinado y dispuesto para la batalla, obedecen la voluntad de Dios; los ejércitos de la tierra, cuyos conflictos dirige su providencia para el cumplimiento de sus sabios designios las hordas de criaturas inferiores, como las langostas que plagaban a Egipto, las codornices que sirvieron de alimento a Israel, “las orugas y el pulgón, en grande ejército,” Joel 2:25, y por último el pueblo del Señor, tanto del Antiguo como del Nuevo Pacto, ejército verdaderamente grande, del cual Dios es el capitán y el comandante, Exod. 7:45; Reyes 23:5; 2 Crón. 18:18; Neh. 9:6; Salm. 148:2; Dan. 8:10, 11.

ELA, hijo y sucesor de Baasa, rey de Israel, 926 A. C. Después de no haber alcanzado a reinar dos años, fue asesinado, estando borracho, por Zimri, uno de sus oficiales, quien le sucedió como rey. Zimri destruyó toda la familia de Baasa según la predicción de Jehú, 1 Reyes 16:6-10.

Se mencionan otros de este nombre en 1 Rey. 4:18; 2 Reyes 15:30; 1 Crón. 1:52; 4:15; 9:8.

ELAM, *edad*, Gen. 14:1. La región llamada después Persia, Isa. 21:2. Fue llamada Elam por un hijo de Set, de este nombre, Gén. 10:22; 1 Cró. 1:17. Corresponía al Elymais de los escritores griegos y romanos, que comprendía una parte de Susiana, ahora Kusistan, o que más probablemente incluía toda la Susiana. La ciudad de Susa o Susán estaba en ella, Dan. 8:2, y de allí se extendía al sudeste entre Persia y el Golfo Pérsico. En la época de Abraham fue el asiento de una poderosa monarquía. Largo tiempo conservó sus propios príncipes, pero fue reducida a una simple provincia de Babilonia, y después de Persia.

Por lo que hace a otros Elams e hijos de Elam, véase 1 Crón. 8:24; 26:3; Esd. 2:7, 31; 8:7; 10:2, 26; Neh. 7:12, 34; 10:14; Esd. 4:9; Hech. 2:9.

ELASAR, Gén. 14:1, 9, la residencia del rey Arioc, tal vez el mismo país de Talasar, 2 Reyes 19:12; Isa. 37:12. Pero Rawlison la sitúa en Larsa, ahora Senkereh, en la margen occidental del Éufrates, entre Ur y Erec. Sus ruinas demuestran su muy alta antigüedad. La versión árábica la llama Armenia.

ELAT o ELOT, bosque, ciudad de Idumea situada en la extremidad norte del golfo oriental del Mar Rojo, el golfo elamítico, ahora golfo de Aleaba. Ezion-Ge-ber quedaba también allí y muy cerca de Elat, Deut. 2:8; 1 Reyes 9:26. Este golfo, aunque conocido por los antiguos, ha sido casi desconocido por los geógrafos modernos hasta el tiempo de Burckhardt. Este viajero emprendedor lo exploró y dio la primera relación completa de él. El gran valle arenoso llamado El-Arabah, y hacia el norte el-Ghor, corre de este golfo al Mar Muerto. Elat fue anexado a Judá por David, quien estableció allí un extenso comercio, 2 Sam. 8:14. Salomón también construyó buques allí, 2 Crón. 8:17, 18. En el reinado de Joram los Idumeos lo recobraron, pero Azarías la restituyó a Judá, 2 Reyes 8:20; 14:22; y Rezín a Siria, 16:6. Bajo el gobierno de los Romanos, fue una ciudad floreciente, llamada Elana, con las ordenanzas del cristianismo. En 630 A. D. cayó en poder de Mahoma, y ahora está en ruinas. La fortaleza de Akaba cerca de allí, visitada ahora a menudo por los viajeros que van del monte Sítiaí a Palestina, sirve para dar abrigo a los peregrinos de la Meca.

ELCANA, *Dios proveyó*, I., probablemente un nieto de Coré, Núm. 26:11. Compare Exod. 6:24; 1 Crón. 6:22, 23.

II. Un levita coatita, marido de dos mujeres, y padre de Samuel el profeta; hombre de piedad y de recursos, 1 Sam. 1; 2.

III. Se mencionan otros en 1 Crón. 6:26, 35:9:16; 12:6; 15:23; 2 Crón. 28:7.

ELCOS, residencia de Nahúm, cap. 1:1; probablemente población de Galilea. Muchos judíos visitan como peregrinos un lugar llamado Alkush, dos millas al norte de Mosul, en donde está un sepulcro que se dice es de Nahúm, y una Sinagoga.

ELDAD, *amado de Dios*, y MEDAD, *amor*, dos de los setenta ancianos nombrados para gobernar el pueblo juntamente con Moisés. Habiendo posado el Espíritu de Dios en ellos, profetizaron en el campo, lejos de Moisés, Núm. 11:24-29.

ELEALE, *la subida de Dios*, ciudad de los Amorreos, cerca de Hesbón su capital, asignada a la tribu de Rubén, Núm. 32:3, 37, y largo tiempo después amenazada como ciudad de Moab, Isa. 15:4; 16:9; Jer. 48:34. Sus ruinas ahora El-Alal, están a una milla o más al noreste de Hesbón.

ELEAZAR, *auxilio de Dios*, I., El tercer hijo de Aarón, y sumo sacerdote después de él, Exod. 6:23; Núm. 20:25-28. Su madre Elisabet fue hija de Aminadab de la tribu de Judá. Desempeñó importantes deberes sacerdotales, tanto antes como después de la muerte de Aarón, Núm. 3:32; 26:3; 27:22; 31:21; Jos. 14:1.

El sumo sacerdocio continuó en su familia por siete generaciones, hasta el tiempo de Elí, en que fue transferido a la línea de Itamar. En los reinados de Saúl y de David fue restituida a la línea de Eleazar, y así continuó hasta después del cautiverio.

II. Hijo de Abinadab, honrado con el cargo de cuidar el arca mientras estuvo en la casa de su padre, 1 Sam. 7:1.

III. Uno de los campeones de David, 2 Sam. 23:9; 1 Crón. 11:11-18.

Otros tres o cuatro se mencionan en 1 Crón. 23:21, 22; Esdras 8:33; Neh. 12:42; Mat. 1:15.

ELHANÁN, I., uno de los héroes de David, que mató al hermano de Goliat, 2 Sam. 21:19; 1 Crón. 20:5.

II. El primero que se menciona de los 30 hombres fuertes de David, hijo de Dodo de Belén, 2 Sam. 23:24; 1 Crón. 11:26.

Elí, como Eloi, significa Dios mío, Mat. 27:46; Marc. 15:34.

Elí, *ascensión*, sumo sacerdote de los judíos el primero en la línea de Itamar, 1 Sam. 2:27-36; 2 Sam. 8:17; 1 Crón. 24:3. Fue también juez de Israel por cuarenta años, y era eminente como hombre útil y piadoso, pero pasaba a ser criminal en su negligencia en todo lo relativo al buen gobierno de su familia. Por esta razón los juicios de Dios cayeron después sobre su casa, 1 Sam. 3:11-18. En una batalla con los Filisteos sus dos hijos fueron muertos, e Israel derrotado; pero la captura del arca de Dios fue lo que le desgarró el corazón, 1 Sam. 4. Tenía 98 años de edad. La divina amenaza fue plenamente cumplida en tiempo de Abiatar, palabra que puede verse.

ELIAB, *mi Dios es mi padre*, el hermano mayor de David, hacia quien su conducta fue apasionada y celosa, confirmando así el juicio de Aquel que ve no sólo las apariencias, sino el corazón, 1 Sam. 16:6, 7; 17:28. Otros cinco se mencionan en Núm. 1:9; 26:8, 9; 1 Crón. 6:27; 12:9; 15:18.

ELIACIM, *levantado por Dios*, I., rey de Judá, 2 Rey. 23:34. Véase Joacim.

II. Hijo de Helcías, oficial de alta reputación en la corte del rey Ezequías, llamado por Dios “mi siervo Eliacim,” Isa. 22:20, 21, y designado con otros para tratar con Rabsaces, general de las fuerzas asirias que entonces sitiaban a Jerusalén, 2 Reyes 18; 19; Isa. 36; 37. Véase Sennaquerib. Eliacim es también el nombre de otros tres mencionados en Neh. 12:41; Mat. 1:13; Luc. 3:30.

ELÍAS, *mi Dios es Jehová*, el famoso profeta nacido en Tisbe, en las montañas de Galaad, 1 Reyes 17:1. Se le describe como de pelo largo, alto y toscamente vestido, 2 Reyes 1:8, con un manto y un cinto de cuero, 1 Reyes 18:46; 19:13, y tanto en su aspecto como en su espíritu, tipo verdadero del profeta hebreo. Su descendencia e historia primitiva son desconocidas. Presentándose repentinamente como austero testigo de Dios, cuando Israel había caído no sólo en la falta de dar culto al becerro de oro como símbolo de Dios, sino en la grosera idolatría del Baal fenicio, su atrevida lealtad provocó la ira de Acab y

de Jezabel, especialmente cuando le amenazó con varios años de sequía y de hambre como castigo de los pecados nacionales, 908 A. C. Por mandato divino, el profeta se refugió en la margen del arroyo Querit, en donde fue milagrosamente alimentado por unos cuervos. De allí se trasladó a Sarepta en Fenicia, fuera del alcance de Acab y de Jezabel, y allí un nuevo milagro lo proveyó de alimento, y otro le devolvió la vida al hijo de la viuda que lo había hospedado. Volviendo al rey Acab, promovió la gran reunión que tuvo lugar en el Monte Carmelo, en donde Dios “contestó enviando fuego del cielo,” y los profetas de Baal en número de 450, y los de Astoret, que eran 400, fueron todos destruidos. Véase Carmelo. Entonces también la larga y terrible sequía se interrumpió y una lluvia abundante descendió a merced de los ruegos del profeta. Viendo que ni aun estas poderosas obras de Dios podían conducir a la nación y a sus gobernantes al arrepentimiento, Elías casi se desesperó. Huyó al desierto y fue llevado a Horeb, el monte de Dios, donde fue consolado por una visión majestuosa y significativa del poder y de la gracia de Dios. Tres encargos de grande importancia le fueron dados allí; prevenir a Elíseo que fuese su sucesor, y ungir a Jehú como rey de Israel en lugar de Acab, y a Hazael como rey de Siria en lugar de Ben-hadad. El primero de ellos lo cumplió en el momento, y los otros por conducto de Elíseo, por no haber llegado los interesados en tiempo señalado, sino hasta después de la traslación de Elías. Seis años después de su visita, denuncia a Acab y a Jezabel por sus crímenes en el asunto de Nabot; y después se le ve de nuevo prediciendo la muerte del rey Ocozías, y llamando fuego del cielo sobre dos bandas de guardias enviadas a arrestarle. Habiéndosele prevenido la aproximación del tiempo en que debía ser trasladado de la tierra, da sus últimas instrucciones a la escuela de los profetas, cruza el Jordán milagrosamente, y es llevado al cielo en un carro de fuego, sin haber pasado por la prueba de la muerte, dejando su manto y su cargo a Elíseo, 1 Reyes 17-19; 2 Reyes 1; 2. Su traslación ocurrió por el año 896 A. C. Se supone que previamente había escrito la carta que ocho años después anunciaba al rey Joram su próxima enfermedad y su muerte, 2 Crón. 21:12-19. Otros creen que Joram había estado desde hacía tiempo unido con su padre en el trono, 2 Reyes 3:7; 8:16.

Elías fue uno de los profetas hebreos más eminentes y honrados. Fue atrevido, fiel, austero, abnegado y celoso de la honra de Dios. Todo su carácter y su vida llevan el sello de una peculiar grandeza moral. Se presenta repentinamente a nuestra vista sin ningún aviso, y desaparece de ella por un milagro. Tiene la apariencia de un mensajero sobrenatural del cielo, que no tiene más que una obra que efectuar y cuyo ánimo se consagra por entero a su desempeño. Su historia es una de las más extraordinarias que se han consignado, y está llena de enseñanzas. Fue un alto honor concedido a Moisés y a Elías como representantes de “toda la ley y los profetas,” que ellos solos aparecieron en el monte de la transfiguración, muchos siglos después de su entrada al cielo, a dar testimonio de su existencia y a conferenciar con nuestro Salvador respecto de su muerte expiatoria, Luc. 9:28-35.

Juan el Bautista fue predicho bajo el nombre de Elías por su semejanza en carácter y en vida con el antiguo profeta de Israel, Mal. 4:5, 6; Mat. 17:10-13.

ELIASIB, *a quien Dios restituye*, sumo sacerdote en la época de Nehemías, que tomó parte en la reedificación del templo de Jerusalén, Neh. 3:1; Esdras 10:6. La misma persona probablemente fue después censurada por haber profanado el templo, dando el uso de una de sus piezas a un pagano y a un Amonita pariente suyo, Deut. 23:3, 4; Neh. 12:10; 13:1-9, 28.

ELIEZER, *mi Dios es mi auxilio*, l., de Damasco, o Eliezer Damasceno, el heredero legal de Abraham, en el caso de que este muriese sin hijos, Gén. 15:2. Se supone generalmente que era “el criado más antiguo” que fue enviado 65 años después, a conseguir una esposa para Isaac, Gén. 24. “Mayordomo de mi casa” y “nacido en mi casa,” literalmente, hijo de mi casa, Gén. 15:2, 3, pueden significar la misma cosa, es decir: el heredero legal de la familia.

II. El segundo hijo de Moisés y de Zéfora; su nombre fue un recuerdo grato de emancipación, Exod. 18:1-4. Algunos de su posteridad fueron notables, 1 Crón. 23:17; 26:25-28.

III Se mencionan otros varios de este nombre en 1 Cró. 7:8; 15:24; 27:16; 2 Cró. 20:37; Esdras 8:16; 10:18, 23, 31; Lucas 3:29.

ELIFAZ, *Dios es mi fuerza*, nativo de Temán y amigo de Job, Job 2:11. Compare Gén. 36:10; Jer. 49:20. Parece haber sido de más edad que Bildad y Zofar, y fue el primero que dirigió la palabra a Job, caps. 4, 5, 15, 22.

ELIM, *árboles*, estación de los Israelitas en su camino de Egipto al Monte Sinaí, Exod. 15:27; 16:1; Núm. 33:9, tomada generalmente por el lugar llamado ahora hondonada Ghurundel, que es un ancho valle, el primero de cuatro que siguiendo al sudoeste corren al mar, como a cuarenta millas al sudeste de Suez. Allí hay varias fuentes y un arroyo, muchos matorrales y arbustos, y algunos tamarindos y palmeros. Laborde cree que era la hondonada de Useit, la segunda de las cuatro.

ELIMAS, *sabio*, nombre arábigo de un judío mago, Barjesús, de la comitiva de Sergio Paulo, el procónsul romano, en Pafo, Cipro. Fue severamente reprendido por Pablo y herido de una instantánea ceguera por haberse opuesto a las preguntas religiosas del procónsul, que estaba abandonando la idolatría y la superstición y abrazando el evangelio, Hechos 13:6-12. Su ceguera tenía que continuar por algún tiempo, y tal vez lo haya conducido a su iluminación espiritual. A pesar de su oposición el procónsul fue convertido, la isla fue abierta al evangelio, y tanto los judíos como los gentiles lo recibieron bien. De esa manera, la Cabeza de la iglesia a menudo hace que los obstáculos que halla en su camino sean precisamente los medios de que se vale para darle impulso.

ELIMELEC, *mi Dios es rey*, eminente Belemita, marido de Noemi, Rut 1:2.

ELISA, hijo mayor de Javán, Gén. 10:4. “Las islas de Elisa,” que enviaban telas de púrpura y grano a Tiro, Ezeq. 27:7, se supone que significan a Grecia y sus islas adyacentes.

ELISABET, *El juramento de Dios*, l., la esposa de Aarón, Exod. 6:23, y hermana de Naasón, príncipe de Judá, Núm. 2:3; Luc. 1:5.

II. Mujer piadosa “de las hijas de Aarón,” mujer de Zacarías, madre de Juan el Bautista, y pariente de María la madre de nuestro Señor, Luc. 1:5-25; 36, 39-80.

ELISEO, *Dios salva o ve*, discípulo y sucesor de Elías, profeta de Israel durante el reinado de Joram, Jehú, Joacaz y Joás, 903-838 A. C. Era nativo de Abel-mehu-la, en donde estaba trabajando en arar cuando Elías lo llamó para que fuera profeta, 1 Reyes 19:16, y primero lo siguió como su sirviente. Unos siete u ocho años después fue testigo de la milagrosa ascensión de Elías, separó las aguas del Jordán con su manto, y tomó su lugar a la cabeza de las escuelas de los profetas. Las “dos partes” que él pidió parecen haber significado “la parte del primogénito,” para que continuase la sagrada herencia, 2 Reyes 2:9. Durante su largo ministerio tomó una parte activa en los asuntos públicos de Israel. Muchos milagros también obró con su palabra; algunos de estos fueron hacer potables las aguas de Jericó; abastecer de aceite la redoma de la viuda, y de agua a los ejércitos aliados de Judá, Israel y Edom; conseguir que tuviera un hijo una mujer de Sunam, y restituir a este la vida; curar la lepra de Naamán; descubrir la falta cometida por Giezi y castigarlo. Su historia se halla consignada en 2 Reyes 2-9; 13:14-21. Murió

lamentado por el rey Joás y por su pueblo; y un año después un cadáver depositado en el mismo sepulcro, resucitó en el momento. En dos milagros, el de curar la lepra y el de multiplicar los panes de cebada, él sólo entre todos los profetas anticipó algunos de los milagros de Cristo, a quien también nos lo hace recordar por la apacibilidad y bondad de su carácter. Hay un marcado contraste entre Elías y Elíseo en el aspecto general de su carácter y de su historia; el primero fue el torbellino y el fuego, y el segundo la apacible suave voz; Elías abrió el terreno áspero, y sembró la semilla, y Elíseo llevó al granero la cosecha.

ELIÚ, *Dios es el*, de la familia o ciudad de Buz, Gén. 22:21, establecido probablemente en Edom o cerca de allí, Jer. 25:23. Fue a manifestar a Job la pena que sentía por sus calamidades. Joven, ardiente, sagaz y piadoso, escuchó atentamente la peroración de Job y de sus tres amigos; y al fin los interrumpió enojado, disculpándolos para hacerlos entrar en razón, Job 32. La alocución que dirigió a Job es amistosa y consoladora, a la vez que fiel; lo censura por justificarse a sí mismo más bien que a Dios. A los adversarios de Job los vitupera por haber condenado a este como hipócrita, en su ignorancia de las maravillas propias de la providencia disciplinaria de Dios. En varias de sus sentencias expresa en bellos términos su fe en que la gracia de Dios perdonará a los pecadores y les restituirá su favor; Job 33:23, 24, 27-30, pasajes que en este casi el antiquísimo libro de la Biblia tienen el mismo espíritu que la parábola del Hijo Pródigo.

Otros del mismo nombre se mencionan en 1 Sam. 1:1; 1 Crón. 12:20; 26:7; 27:18.

ELMODAM, antecesor de Jesús, Luc. 3:28.

ELNATÁN, *Dios ha dado*, I., de Jerusalén, 2 Reyes 24:8, uno de los jefes en el reinado de Joaquín. Fue agente en la persecución hecha al profeta Urías; pero protestó contra el acto de quemar la profecía de Jeremías, Jer. 26:20-23; 36:20-25.

ELÓN. I. Gén. 36:2. Véase Basemat.

II. Segundo hijo de Zabulón, Gén. 46:14; Núm. 26:26.

III. "El Zabulonita" que juzgó a Israel por diez años, Jueces 12:11, 12.

IV. Ciudad fronteriza de Dan, Jos. 19:43.

ELUL, uno de los meses hebreos; el duodécimo del año civil y el sexto del eclesiástico, Neh. 6:15. Incluía el tiempo comprendido entre la nueva luna más próxima al primero de Septiembre, y la del mes de Octubre.

EMBAJADORES, eran estas personas enviadas por los judíos a naciones extranjeras, no como representantes permanentes, sino solamente como lo requerían las circunstancias, en paz, 2 Reyes 14:8; 16:7; 18:14, como en guerra, Núm. 20:14; 21:21; 1 Reyes 20:2, 6. Eran generalmente hombres distinguidos, y sus personas se tenían como sagradas, siendo vengados los ultrajes que se les inferían, 2 Sam. 10:1-5; 13:26-31. Los ministros son embajadores de Cristo, 2 Cor. 5:20; Efes. 6:20.

EMBALSAMAMIENTO. El procedimiento de embalsamar los cuerpos de los muertos, entre los Egipcios; era como sigue: Los embalsamadores, a quienes se miraba como empleados sagrados, le extraían al cadáver los sesos por las ventanas de la nariz con un gancho de hierro, y le llenaban el cráneo de drogas

astringentes; le sacaban en seguida todas las entrañas, excepto el corazón y los riñones, por un agujero que le hacían en el costado izquierdo; las lavaban con vino de palma y volvían a introducirse las, llenándole los huecos con drogas preservativas y astringentes. El cuerpo era ungido repetidas veces con aceite de cedro, mirra, canela, etc., como por treinta días, y entonces se le ponía en nitro por cosa de otros cuarenta; y debido a este procedimiento se evitaba que se descompusiera, y se conseguía a la vez que conservara cierta apariencia de vida. Cuando Moisés dice que se emplearon 40 días en embalsamar a Jacob, habla probablemente del tiempo que debió permanecer en sal de nitro, no incluyendo los treinta días empleados en las previas ceremonias; de manera que por todo, le hicieron duelo setenta días en Egipto, Gén. 50:2, 3. El cuerpo era después sacado de la sal, lavado, atado con largas vendas de lino, empapado en mirra y envuelto en goma. Entonces se devolvía a los parientes, quienes lo encerraban en un cajón, y o lo conservaban en su casa, o lo depositaban en un sepulcro.

De este modo fue conservado el cuerpo de José, que fue llevado a la tierra prometida después de cerca de dos siglos, Gén. 50:26. Se encuentran todavía gran número de momias en Egipto, en las bóvedas subterráneas, en donde fueron depositadas hace dos o tres mil años. La gente común de ese país era embalsamada por medio del betún, que es una sustancia más barata y de un uso más sencillo. Con ella se untaba el cadáver y sus envolturas, más o menos cuidadosa y diligentemente. Se han abierto sepulcros en que se han hallado depositados miles de cuerpos en hileras, uno sobre otro, sin cajón, conservados de esa manera.

El embalsamamiento de los judíos era menos laborioso y eficaz. Consistía principalmente en envolver el cuerpo en un lienzo de muchos dobleces, con una profusión de especias aromáticas, como mirra, aloe, etc. Así el cuerpo del Salvador fue embalsamado por José y Nicodemo, mientras que ignorantes de esto, las dos Marías y sus amigas iban dispuestas a tributarle un honor semejante, cuando pasó el Sábado judío, Juan 19:38-40. Tal práctica, ni aun en esta forma, parece que no prevalecía entre los judíos. Véase Sepultura.

EMITAS o EMIMEOS, *terrores*, Heb. *Emim*, raza de hombres gigantes y belicosos, que en tiempo de Abraham ocupaban el país de más allá del Jordán, poseído después por los Moabitas, Gén. 14:5-7; Deut. 2:10-12.

EMANUEL, Mat. 1:23, *Dios con nosotros*. Se aplica al Mesías, como del que ha unido la naturaleza divina con la humana, y como quien ha venido a habitar con los hombres, Isa. 7:14; 8:8.

EMAÚS, *manantiales calientes*, la población en donde nuestro Señor se reveló a dos de sus discípulos, la tarde del día de su resurrección. Estaba a 7 ½ millas, 60 estadios, al noroeste de Jerusalén, Luc. 24:13-33, y es quizá Rubaibeh. En algunos monumentos, incluso el código sinaítico, se lee 160 estadios, en lugar de 60, y Eusebio y Jerónimo sitúan a Emaús en la antigua Nicópolis, 20 millas al noroeste de Jerusalén, en donde existe todavía una población llamada Animas. El Dr. Robinson da la preferencia a esta locación, aunque su distancia de la ciudad parece demasiado grande. Los dos discípulos no hubieran podido regresar a ella en menos de seis o siete horas, mucho tiempo después de la media noche.

EMPADRONAMIENTO, Luc. 2:1-3, *censo o registro*. La misma palabra griega se usa en Heb. 12:23, "alistados en el cielo." Siendo "de la casa y linaje de David," José y María fueron a Belén, la ciudad de David, para ser empadronados y pagar la contribución romana, según las costumbres hebreas, lo que demuestra que las leyes de las tribus eran observadas y los registros conservados. Este empadronamiento fue hecho por orden de Augusto y durante la administración de Cyrenius o de Publius

Sulpicius Quirinius, quien parece haber sido gobernador de Siria dos veces. Según Josefo, Quirinio acabó de levantar el censo el año 6 o 7 de la era cristiana. Véase Cirenio. Gamaliel en su discurso menciona un segundo empadronamiento, Hech. 5:37, y estos leemos que eran frecuentes durante la época de Augusto.

ENCANTADOR o BRUJA, Exod. 7:11; Jer. 27:9; Dan. 2:2, y hechicera, Exod. 22:18, un hombre o una mujer que ejercían la hechicería, haciendo uso a menudo de encantamientos a que se atribuía un poder sobrenatural.

Tal persona, denominada en la Biblia “hechicera,” era denunciada por la ley mosaica, Exod. 22:18; Deut. 18:10. Con todo, la hechicería y las artes con ella relacionadas, todas las cuales florecían entre los paganos, eran más o menos practicadas por los Hebreos; y el haberla alentado fue uno de los pecados de Manasés, rey de Judá, 2 Crón. 33:6. Una de las últimas comunicaciones del Antiguo Testamento se dirige contra los hechiceros, Mal. 3:5. En los tiempos del Nuevo Testamento había muchos que pretendían predecir el destino de los hombres por el aspecto de los planetas y de las estrellas, y curar enfermedades, expeler demonios y obrar otras maravillas, por medio de ciertas drogas, encantamientos, etc. Simón de Samaria, Hech. 13:9-11, y el Judío Barjesús en Patos, Hech. 13:6-11, y la pitonisa, Hech. 16: 16, pertenecían a esta clase, que estaba también abundantemente representada en Éfeso, Hech. 19:13-19. El castigo de los hechiceros se predice en 2 Tes. 2:9-12; Apoc. 21:8; 22:15. Véanse Adivinación, Encantamientos, Magia, Adivinos.

ENCANTAMIENTOS, artes falaces, palabras gruñonas y encantos practicados por hombres mal intencionados y las que se clasifican en la Biblia entre las hechicerías, la magia, la adivinación, las brujerías y la nigromancia o pretendida comunicación con los espíritus de los muertos. Todas estas cosas están expresamente prohibidas y denunciadas en las Escrituras, Exod. 22:18; Lev. 19:26, 31; 20:27; Deut. 18:10, 11. El pretendido poder y habilidad de los encantadores se atribuía a una agencia infernal, y su arte era esencialmente hostil a la verdadera religión. Sus aparentes maravillas se efectuaban comúnmente por medio de truhanerías o juegos de manos, o de los misterios de la ciencia conocida por muy pocos. Los magos del Egipto se dice que hicieron varias cosas “con sus encantamientos,” Exod. 7-9; Hech. 19:19. Véase Adivinación.

ENCANTADORES, Sal. 58:4, 5; Eccl. 10:11; Jer. 8:17, personas muy comunes en toda la India y el Egipto, que pretenden tener la facultad de capturar, domesticar y amaestrar las serpientes, aun las más ponzoñosas.

ENCINA. Seis palabras hebreas se traducen “encina” en la versión española, derivadas todas de una raíz que significa “fuerza,” no denotando ninguna de ellas el *Quercus robur* de nuestros bosques. Se supone sin embargo que significa una encina verdadera, Gén. 35:8; Jos. 24:26; Isa. 1:29; 2:13; 6:13; 44:14; Ezeq. 27:6; Ose. 4:13; Amós 2:9; Zac. 11:2. En algunos pasajes se refiere a algún árbol fuerte y floreciente, Isa. 6:13; 61:3; Ezeq. 31:14; Dan. 4:19-26. En otros al terebinto, Gén. 35:4; Jue. 6:11; 2 Sam. 18:9; 1 Rey. 13:14; 1 Crón. 10:12; Isa. 1:30; Ezeq. 6:13. La encina de Abraham, llamada así por muchos siglos después de Cristo, cerca de Hebrón, era de esta clase, el *Quercus pseudo-coccifera*, un árbol caladizo aunque ostentando un follaje siempre verde.

Este árbol, llamado ahora la encina de Abraham, es una verdadera encina de bellotas sumamente antigua y que tiene 22 ½ pies de circunferencia. El terebinto, llamado betún por los Árabes, se traduce

“olmo” en Oseas 4:13, e Isa. 6:13, haciéndose también mención de la verdadera encina en el primero de estos pasajes. En algunos otros donde ocurre la palabra “valle” o “valles,” deberíamos probablemente entender que se habla de encinas o bosques de encinas, Gén. 12:6; 13:18; 14:13; 18:1; Deut. 11:30; Jue. 4:11; 9:6, 37. Tres especies de encina se hallan ahora en las tierras Bíblicas, y en el Líbano algunas son de un gran tamaño, como antiguamente deben haberlo sido en Palestina. El Dr. Robinson vio las crestas y las alturas de la región oriental del Jordán vestidas como en los tiempos antiguos de grandes encinas, Zac. 11:2. La encina es un árbol que vive mucho tiempo, y muchos árboles aislados o bosques de esta clase eran notables e históricas mojoneras, 1 Sam. 10:3. Véase Gén. 35:4. Bajo la agradable sombra de las encinas y otros grandes árboles se hacían las transacciones de muchos asuntos públicos, se ofrecían sacrificios, se hacían arreglos judiciales y se coronaban los reyes, Jos. 24:26; Jue. 6:11, 19; 9:6. Véase Bosque.

ENCRESPAMIENTO del cabello [peinados ostentosos], 1 Ped. 3:3. Los escritores judíos mencionan el modo esmerado de peinar el cabello como un arte especial practicado por las mujeres; Isa. 3:18-22. Las mujeres árabes de nuestros tiempos, en Palestina, emplean a menudo un día entero en tejerse trenzas delgadas en número de 70 a 80 que las dejan caer sobre sus hombros, adornándose las frecuentemente con oro y pedrerías.

ENDOR, manantial de la casa, ciudad de Manasés, Jos. 17:1, cuatro millas al sur del Monte Tabor, cerca de Naín, en el camino de Scythópolis, Salm. 83:9, 10. Allí vivía la pitonisa a quien Saúl consultó, 1 Sam. 28. La pretensión de brujería, por medio de la cual ella podía evocar y hacer que vinieran los espíritus de los muertos desde el lugar de su reposo, era evidentemente falsa. Se llenó en consecuencia de asombro y espanto cuando la forma de Samuel realmente se le apareció, enviada por Dios mismo para avergonzarla y llevar al rey Saúl su última amonestación. Las ruinas de una gran población llamada Endur se encuentra, todavía en la falda norte de Jebel el Duhy, ocho millas al norte de Gilboa. Abundan cuevas en la montaña que está arriba de ella.

ENEBRO. Esta palabra se halla en la Biblia española, 1 Reyes 19:4, 5; Job 30:4; Salm. 120:4. La hebrea correspondiente, sin embargo, significa la planta Genista o escoba española, que es común en las regiones desiertas de la Arabia, y tiene botones blancos como la nieve, rayados de púrpura, y una raíz amarga. Los Árabes la llaman reteñí. Crece a la altura de ocho o diez pies, y es altamente apreciada en el desierto como alimento para las ovejas y las cabras, para combustible y para abrigo que contra el sol y el aire buscan en ella los viajeros. Véase Ritma.

EN-EGLAIM, puente de dos terneras, Ezeq. 47:10, población en la costa del Mar Muerto, al oeste de la desembocadura del Jordán.

ENELDO, planta anual bien conocida, semejante a la matalechuga o anís, etc.; pero más fragante. La planta mencionada en Mat. 23:23 era sin duda el eneldo, que crece en Palestina y era diezmado por ciertos judíos escrupulosos.

ENFERMEDADES, fueron introducidas en el mundo por el pecado, y se promueven con la observancia de costumbres impúdicas, indolentes y voluptuosas. Además de las causas naturales de las enfermedades, los espíritus malignos estaban encargados de producirlas entre los Hebreos, Job 2:7; Marc. 9:17; Luc. 13:16; 2 Cor. 12:7. Los judíos piadosos reconocían la mano de Dios en mandándose las, Salm. 39:9-11; y en muchos casos se enviaban enfermedades especiales en castigo de ciertos pecados, como las enviadas a Abimelec, Giesi, Joram, Usías, María, Herodes, los Filisteos, etc., y a aquellos que participaron indignamente de la cena del Señor, 1 Cor. 11:30. Cristo manifestó su divina bondad y poder curando

toda clase de enfermedades; y en estos casos, como el del rey Asa, 2 Crón. 16:12, se manifiesta que toda la habilidad de los médicos es inútil sin la bendición de Dios. Las enfermedades dominantes en las tierras Bíblicas, eran fiebres malignas, enfermedades cutáneas, parálisis, disentería y oftalmía. Casi todas las enfermedades corporales tienen analogía con las del alma, y el gran Médico de las almas ha demostrado su perfecta habilidad para curarlas todas. Luc. 5:24. Véase Diablo.

ENGANIM, *fuelle de jardines*, l., población en el país bajo de Judá, Jos. 15:34.

III. Ciudad de los Levitas en Isacar, ahora Jenin, 16 millas al sur del Monte Tabor, Jos. 19:21; 21:29. Es la misma que Anem, 1 Crón. 6:73.

ENGASTES, cuencas en que se colocaban las piedras preciosas, Exod. 28:11, 14, 25; 39: 6, 13, 16.

ENGEDI, *puelle del cabrito*, 1 Sam. 24:1, 2; llamada también Hazezón Tamar, esto es: la ciudad de las palmeras, por haber gran número de estos árboles a su alrededor. Gén. 14:7; 2 Crón. 20:1, 2, y rebaños de cabras monteses. Estaba cerca de la mitad de la playa occidental del Mar Muerto, como 24 millas al sureste de Jerusalén, en la extremidad de la parte más alta del desierto de Judea, en una región llena de rocas y cavernas, 1 Sam. 23:29; Ezeq. 47:10. Véase el grabado que se halla en la palabra Mar, III. Pandillas de merodeadores ahora como entonces, procedente del este, rodean por la extremidad sur del Mar Muerto y suben por una playa occidental a Ain Jidy, y de allí se dirigen a los terrenos elevados. Las alturas en Engedi tienen 1,500 pies de elevación sobre el nivel del mar. A cuatro cientos pies del mar, un hermoso y abundante manantial, que conserva todavía su antiguo nombre, corre al mar, regando en su curso un fértil valle y un llano que tiene media milla cuadrada, encontrándose en ambas varias ruinas. El costado de la montaña estaba antes terraplenado y todo el sitio era un oasis por su fertilidad, siendo el único lugar de Palestina en donde crece el alcanfor, Cant. 1:14. Véase Sis.

EN-HACORE o ENACCORE, la fuente de aquel que llamó, abierta a petición de Sansón, después de su hazaña en Lehi, Jueces 15:19.

ENIGMA. Los orientales han sido siempre afectos a ejercicios de ingenio, tales como los enigmas, en que éste se pone en juego. Ese pasatiempo era practicado por los Egipcios, los Griegos y los Romanos, en los banquetes. La palabra hebrea traducida así en Jue. 14:12-19, indica algo enredado e intrincado, "un dicho oscuro," Prov. 1:6; "parábolas," Hab. 2:6; lo mismo Ezeq. 17:2. Puede haber sido la figura o enigma que se halla en Núm. 12:8 el pasaje que Pablo tuvo presente cuando escribió en 1 Cor. 13:12, "ahora vemos por espejo en oscuridad."

ENOC o HENOC, *dedicado*, l., hijo de Caín, en honor del cual la primera ciudad mencionada en la Biblia fue llamada Enoc, Gén. 4:17.

II. Un individuo de la séptima generación de Adán, hijo de Jared y padre de Matusalén, eminente como patriarca que vivió cerca de Dios por medio de su fe en el futuro Redentor, Heb. 11:5, 13. Dio testimonio de la rara piedad que practicó en una época impía, trasladándolo como más tarde se trasladó a Elías, sin que viera la muerte. Estos dos ilustres hombres de Dios fueron, pues, honrados con una visible manifestación de la vida futura. Enoc había vivido solamente 365 años, 622-987 A. M., Gén. 5:18-24. Judas, vers. 14, 15, cita una profecía tradicional de Enoc, que manifiesta la creencia de éste en un juicio venidero. Hay un libro apócrifo que lleva el nombre de Enoc, el cual cita la misma tradición. Fue probablemente escrito por algún devoto creyente en el primer siglo, o quizá poco tiempo antes de la venida de Cristo, y tiene sólo valor por la luz que arroja sobre las creencias de aquel tiempo. Nunca ha

sido recibido como canónico. Fue probablemente escrito en hebreo, pero el original y la versión griega conocida por los Padres se han perdido. Se ha restaurado el texto tomándolo de las versiones etíopes. Pone de manifiesto lo universal de la providencia de Dios.

ENOJO. Una emoción violenta de carácter penoso, algunas veces ocasionada espontáneamente con justo motivo; pero generalmente caracterizada en la Biblia como un gran pecado, Mat. 5:22; Efes. 4:31; Col. 3:8. Aun cuando sea justo nuestro enojo, debe ser mitigado por una consideración debida a las circunstancias de la ofensa y al estado de ánimo del ofensor; a la necedad y malos resultados de esta pasión; a los preceptos del evangelio, y a nuestra necesidad del perdón de los demás, pero especialmente de Dios, Mat. 6:15.

El enojo se atribuye frecuentemente a Dios en las Escrituras, Salm. 7:11; 90:11, no porque él esté sujeto a las emociones violentas que esta pasión produce, sino porque castiga a los malvados con la justa severidad de un superior provocado a la ira.

ENÓN, *manantiales*, el lugar en donde Juan bautizaba, cerca de Salim, en la ribera occidental del Jordán, Juan 1:28; 3:23, 26. Se supone por algunos que estaba ocho o diez millas al sur de Beth-shean, pero es más bien Aynún al este de Nablus, en la cañada Farah. Véase Salem.

ENOS, *hombre*, hebreo *Enosh*, 1 Crón. 1:1, el nieto de Adán. Vivió 905 años, 235-1140 A. M. Adán, Seth y Enoc fueron contemporáneos de él varios siglos, y Noé lo fue 84 años. Gén. 4:26; 5:6-11; Luc. 3:38.

ENSEMES, fuente del sol, en el límite de Judá y de Benjamín, Jos. 15:7; 18:17, situada una milla abajo de Betania al este.

ENTRAÑAS, se usa a menudo esta palabra por escritores hebreos para designar al hombre interior, del mismo modo que nosotros usamos con frecuencia la de corazón, como si este fuera el asiento de la misericordia, de la ternura y de la compasión, etc., 1 Reyes 3:26; Isa. 63:15; Jer. 31:20; Col. 3:12; 1 Juan 3:17.

EPAFRAS. Se supone que este fundó la iglesia de Colose; se le llama por Pablo "fiel ministro de Cristo," Col. 1:7; 4:12. Fue por algún tiempo compañero de Pablo en la prisión que sufrió en Roma, Filem. 23, 24.

EPAFRODITO, miembro de la iglesia de Filipos encargado de los donativos de esa iglesia para auxiliar a Pablo, cuando estuvo preso en Roma, Filip. 2:25; 4:18. Este trabajo caritativo le ocasionó una seria enfermedad en Roma, con cuyo motivo vemos cuanto fue estimado y amado por Pablo y por los Filipenses, Fil. 2:25-30. A su regreso fue portador de la epístola que a estos se les dirigió.

EPENETO, digno de alabanza, saludado por Pablo en su Epístola a los Romanos, cap. 16:5, y llamado "las primicias de Acaya," esto es, uno de sus primeros convertidos allí. En muchas de las mejores versiones y manuscritos se lee Asia en vez de Acaya.

EPICÚREOS, célebre secta de filósofos griegos de la antigüedad. Eran materialistas y virtualmente ateos. Creían que los átomos de la naturaleza existían desde la eternidad, formándose por su unión accidental todas las cosas tanto visibles como invisibles; y que los dioses, entregados a un reposo eterno, nada tienen qué hacer con este mundo. Negaban la existencia de una Providencia Divina y la inmortalidad del hombre, y creían que no había ni futuro, ni alma, a no ser la material semejante al cuerpo, y que tendría qué perecer con él en la muerte. La regla de su vida era la satisfacción de sus deseos y el goce del placer,

debidamente reglamentado y dirigido. Las complacencias viciosas eran condenadas sólo en atención a que disminuían la felicidad. Epicuro, su fundador, fue hombre instruido y de buena moral, que murió en Atenas 271 A. C. a la edad de 73 años. Sus secuaces, sin embargo, fácilmente se desentendieron de las restricciones que él había impuesto y corrían tras los placeres sin freno alguno. En tiempo de Pablo habían llegado a ser extraordinariamente corrompidos, y, como era natural, tanto su filosofía como la vida que llevaban, los indujo a oponerse con violencia a las grandes verdades que enseñaba, relativas a Dios, a la resurrección y al juicio final, Hechos 17:16-34.

EPÍSTOLA, *carta*, término empleado por primera vez en la historia de Urías, 2 Sam. 11:14; y en segunda en la de Jezabel, 1 Reyes 21:8,9; en la de Elías, Ezequías, Esdras, Nehemías, etc. Véase Cartas. Pero este término se aplica especialmente a las cartas inspiradas del Nuevo Testamento, escritas por los apóstoles en varias ocasiones, para aprobar, condenar o dirigir la conducta de las iglesias cristianas. El Espíritu Santo ha previsto así que tengamos las doctrinas más importantes del evangelio verdadero, no sólo establecidas históricamente por los evangelistas, sino aplicadas familiarmente a las varias emergencias de la vida. No debe suponerse que todas las memorias o notas escritas personalmente por los apóstoles o bajo su dirección, fueron divinamente inspiradas o que tuvieron por objeto ser conservadas hasta en épocas lejanas, comp. 1 Cor. 5:9; Col. 4:6; pues la mano providencial del Señor ha cuidado únicamente de aquellas que en efecto fueron escritas por inspiración, y de las cuales se habían sacado direcciones útiles y podían seguirse sacando en las edades venideras, como de un perpetuo directorio en lo que se relaciona con la fe y la práctica, suponiendo siempre que circunstancias semejantes necesiten las mismas direcciones.

Al leer una epístola sagrada, debemos considerar la causa que la originó, las circunstancias y relaciones que existían entre el escritor y aquellos a quienes la dirigió, el tiempo en que fue escrita, el plan general, y los designios que tuvo, y por último la intención de ciertos argumentos y pasajes particulares. Debemos también observar el estilo del escritor, su modo de expresarse, el efecto especial que se propuso producir en aquellos a quienes escribió, y atender al carácter, costumbres, principios generales y condición guardada por los mismos al serles dirigidos sus argumentos.

De los libros del Nuevo Testamento, 21 son epístolas: 14 de ellas fueron escritas por Pablo, 1 por Santiago, 2 por Pedro, 3 por Juan y 1 por Judas. Habiendo sido puestas en nuestro Canon sin referencia a su orden cronológico, tienen que ser examinadas bajo desventajas considerables, y sería por lo tanto conveniente que se estudiaran de tiempo en tiempo en conexión con lo que la historia consignada en los Hechos de los Apóstoles refiere respecto de las varias iglesias a que fueron dirigidas. Esto nos daría también aproximativamente su orden de tiempo, que así mismo debe tenerse en consideración juntamente con la situación del escritor, puesto que como es natural, puede inferirse que tales composiciones han tenido qué participar de los sentimientos que al escribirlas afectaban al autor. Las epístolas dirigidas a los Judíos dispersos, por Juan y Santiago, por Pedro y Judas, son muy diferentes en su estilo y aplicación, de las escritas por Pablo a los gentiles; y las de Pablo contienen sin duda expresiones y aluden a hechos con que tenían más familiaridad los lectores originales, que los de los siglos posteriores. Véase Pablo.

ER, *vigilante*, hijo de Judá y de una Cananea, Gén. 38:3, 7, muerto por el Señor, 1 Crón. 2:3.

ERASTO, *amado*, un amigo cristiano y colaborador de Pablo, Corintio, y receptor de rentas, esto es: despensero o tesorero de la ciudad. Siguió a Pablo a Éfeso y acompañó a Timoteo en una misión a Macedonia, Hechos 19:22. Estaba en Corinto cuando Pablo escribió a los Romanos, 16:23, y permaneció allí cuando Pablo fue prisionero en Roma, 2 Tim. 4:20.

EREC, *longitud*, una de las ciudades de Nimrod en la llanura de Sinar, Gén. 10:10. Su sitio probable se halla en las moles formadas por las ruinas primitivas llamadas ahora Warka, algunas millas al este del Éufrates a la mitad del camino entre Babilonia y la confluencia del Éufrates y el Tigris.

ERRANTE o vagabundo, un hombre que anda de una parte a otra; pero no precisamente inútil o vicioso, Gén. 4:12; Salm. 109:10; Hechos 19:13.

ESAR-HADÓN, *vencedor*, hijo de Senaquerib y sucesor suyo como rey de Asiria, 2 Reyes 19:37; Isa. 37:38, 680-667 A. C. Sólo se dice de él en las Escrituras que envió colonos a Samaria, Esdras 4:2, pero fue de todos los reyes asirios uno de los más poderosos. Las consignaciones hechas sobre piedra manifiestan que edificó un magnífico palacio en Babilonia y la hizo una capital juntamente con Nínive; y allí y no a ésta, como de otra manera hubiera sido de esperarse de un rey asirio, condujeron sus generales cautivo por algún tiempo a Manasés, rey de Judá, 2 Crón. 33:11; manifiestan igualmente que capturó a Tebas, Nah. 3:8-10, y toda el Asia Occidental.

ESAÚ, *velludo*, hijo de Isaac y hermano gemelo de Jacob, Gén. 25. Fue el mayor de los dos y por lo mismo el heredero legal; pero vendió su derecho de primogenitura a Jacob. Tenemos una relación de sus casamientos mal pensados, Gén. 26:34, de su pérdida de la bendición principal de su padre, y de la ira consiguiente que abrigó contra Jacob, Gen. 27; de su reconciliación posterior, Gén. 32; 33; y de su descendencia, Gén. 36. Se llama también Edom y se estableció en las montañas al sur del Mar Muerto y aun hasta el Golfo de Aleaba, en donde llegó a ser muy poderoso. Este país fue llamado en su honra la tierra de Edom, y después en griego, Idumea, palabra que puede verse, así como también la palabra Jacob.

ESBAAL, hombre de Baal, 1 Crón. 8:33, el cuarto hijo de Saúl, llamado generalmente Isboset. La palabra Baal, nombre de un ídolo, no se pronunciaba por los judíos escrupulosos, los cuales sustituían este nombre con el de Boset, confusión. En vez de Meribaal, decían Mefiboset, etc. Véase Isboset.

ESCALA, Gén. 28:12-17. La consoladora visión de la escala celestial manifestada al fugitivo Jacob, lo aseguró de la providencia omnipotente de Dios y de la comunicación de todo bien que su pueblo necesitase en el desierto de este mundo, Heb. 1:14. Fue también seguridad de que había un camino abierto de la tierra al cielo, así como del cielo a la tierra; y podemos ver en ella una ejemplificación de la naturaleza de Cristo, en la cual se unen los cielos y la tierra, y de su obra, que lleva al hombre a vivir con Dios, Juan 1:51.

ESCOGIDO. Generalmente se aplica en el Nuevo Testamento a los que son no solamente "llamados" para ir a Cristo por el ofrecimiento de un perdón libre, sino que de hecho van a él y se salvan, Mat. 22:14. Fueron "escogidos" en Cristo desde la eternidad, Efes. 1:4, 5, y son amados por Dios como Cristo mismo, Luc. 23:35; 1 Ped. 2:6. La palabra "elección" se usa por Pablo en Rom. 11:7 por "los escogidos." "La señora elegida," en 2 Juan 1, era probablemente alguna mujer eminente por sus virtudes cristianas; pero algunos entienden que estas palabras significan "la Señora Electa;" y otros, alguna iglesia cristiana, personificada. Compárese vers. 13.

ESCOBA. Ante "la escoba de destrucción," las huestes de los enemigos de Dios serán barridas como el polvo de la tierra, Isa. 14:23.

ESCOL, *racimo*, l., príncipe Amorreo de cerca de Hebrón, que se unió a Abraham en la persecución hecha a la hueste oriental que había asolado a Sodoma y llevado cautivo a Lot, Gén. 14:13, 14.

II. El pequeño y bien regado valle del cual los espías hebreos tomaron la muestra de uvas que suspendieron de un palo cargado por dos hombres, para llevárselas a Moisés sin que se maltrataran, Núm. 13:22-27; 32:9; Deut. 1:24. Se cree que este valle es uno que está muy contiguo a Hebrón por la parte del norte, y que toda vía produce las mejores uvas del país, así como granadas, higos, aceitunas, etc.

ESCORPIÓN o Alacrán, Luc. 10:19, animal pequeño y ponzoñoso de los climas cálidos, que pertenece, como la araña, a la clase arácnida; pero tan parecido en la forma a la langosta acuática, que los Árabes los llaman “escorpiones de mar.” Hay muchas variedades de escorpiones. Los de la Europa Meridional y los de la Palestina tienen de una a tres pulgadas de largo; pero en el África tropical y en la América del Sur llegan a tener una longitud de diez pulgadas.

La cola con coyunturas termina en un bulbo venenoso en cuyo extremo tiene un aguijón encorvado y agudo, que inflige una herida en la que es inyectado el veneno por dos aberturas que se hallan cerca de la punta, Apoc. 9:3-10. La herida es muy dolorosa y a veces fatal, variando sus efectos con la especie, edad, etc., del escorpión, y con la susceptibilidad de la víctima. Los escorpiones son invernantes y nocturnos en sus hábitos. Permanecen adormecidos en los meses fríos y húmedos del año, y durante su periodo de actividad pasan el día bajo las piedras, en las cortezas hojas de los árboles o en las grietas de las paredes, y salen en las noches para alimentarse y pasear.

Son útiles para destruir otros arácnidos e insectos, y se conocen algunos que se alimentan de sus propias especies. Maupertius vio cien escorpiones reducidos en pocos días a catorce por su mutuo exterminio, y también atestiguó que un escorpión hembra, estando aprisionado, devoró a todos sus hijos menos a uno que se refugió en su lomo y al fin la mató. El escorpión corre con la cola levantada, lo cual, con las garfas de un aspecto formidable con que terminan sus brazos y que usa para agarrar su presa, le da un aire amedrentador. Se ha dicho que rodeándolos de fuego, se aguijonean ellos mismos hasta matarse; pero esta historia puede fundarse en los movimientos convulsivos del animal quemado y en su costumbre de encorvar la cola sobre el lomo. En tiempo del Éxodo abundaban los escorpiones en el desierto del Sinaí, Deut. 8:15, en donde se encuentran todavía. Abundan varias especies en Palestina, en la cordillera del Líbano, las montañas de Judá, y el valle del Jordán. Baniás, lugar en que hay muchas ruinas, está infestado de ellos; habitan aún la cordillera baja de peñascos, pocas millas al sur del Mar Muerto, donde estaba el punto llamado antiguamente a causa de ellos, “la subida de Acrabim” o de los escorpiones, Núm. 34:4; Jos. 15:3. Los escorpiones de la amenaza de Roboam, 1 Reyes 12:11, 14, pueden haber sido correas armadas de nudos o pedazos de piedra o de metal, a menos que la expresión sea enteramente figurada. A los primeros cautivos de Judá en Babilonia, 2 Reyes 24:10-16, entre los que habitó Ezequiel, se les llamaron escorpiones, Ezeq. 1:1,2; 2:6, metáfora justificada por el mal tratamiento que daba la nación a muchos de sus verdaderos profetas; comp. Jer. 26:7, 11, 21-23. “Un escorpión por un huevo,” esto es, una cosa dañina en lugar de un obsequio benéfico, era acaso proverbio de los Judíos, Luc. 11:12; este otro proverbio semejante, “un escorpión por una pesca,” se dice que era muy común entre los Griegos.

ESCRIBA, *escritor*, como en Salm. 45:1; Ezeq. 9:2, 3, o contador, hombre hábil para escribir y contar. En los monumentos egipcios se ven frecuentemente representados los contadores oficiales tomando nota de los asuntos de la vida pública y privada, y del trabajo ejecutado algunas veces por los Israelitas oprimidos, Exod. 5:6. En Palestina, bajo los reyes, se hace frecuentemente referencia a los escribas, que

a veces eran levitas, 1 Crón. 24:6; 27:32; 2 Crón. 34:13. Entre los principales oficiales del reino había uno o varios escribas, 2 Sam. 8:17; 20:25; 1 Reyes 4:3; Jer. 36: 10, 12, 21, encargados probablemente de la preparación de los decretos del rey y del manejo de sus rentas, 2 Reyes 12:10; 22:3, 4, y aun de representarlo en los negocios con algún embajador extranjero o con un profeta de Jehová, 2 Reyes 18:17-19, etc., 26, 37; 19:2; 22:12-14. Los escribas también estaban unidos con el ejército, 2 Reyes 25:19; 2 Crón. 26:11. En Isa. 33:18 parece referirse a algún oficial del ejército asirio que amenazaba a Jerusalén en tiempo de Ezequías, cuya dispersión está prediciendo Isaías. Compare 2 Rey. 19:32-36. Así, en las últimas esculturas de Koyunjik, Nimrud y Khorsabad, se ven escribas asirios registrando el número de enemigos muertos, cuyas cabezas les llevan los soldados, y la cantidad del botín capturado. Ezequías empleaba a hombres que transcribieran los registros antiguos, y para escribir las tradiciones orales, Prov. 25:1. Cerca de cien años después, parece que existía una clase que no era solamente de copistas, sino también de maestros de la ley divina y personas que se jactaban de ser sabios, Jer. 8:8. Después de la cautividad, el cargo de expositor de la ley de Dios estaba íntimamente ligado a la profesión de escriba, como en el caso de Esdras, Esdr. 7:6, 10, 12; Neh. 8:1-3, 13. La tradición Judía atribuye a estos guardianes y maestros de la ley, desde Esdras hasta la muerte de Simón el Justo, 458-290 A. C., la compilación de las Crónicas, y la colección y arreglo de todas las Escrituras hebreas. Se dice que precavían la ley Mosaica de errores al copiarla contando sus letras. De 200 A. C. a 220 A. D. se dice que los escribas formaron en preceptos definidos y orales las interpretaciones y opiniones de sus predecesores, con respecto a los diferentes puntos de la ley. Gradualmente, en su deseo de honrar estas antiguas tradiciones, las ponían sobre las Escrituras haciendo de la transgresión de las primeras un delito mayor; y en su esfuerzo por sacar de la ley preceptos para las circunstancias más insignificantes de la vida, las anulaban frecuentemente con sus glosas, Mat. 15:1-20. Creían que el simple hecho de examinar las Escrituras, aun para sostener sus tontas fantasías, los hacía acreedores a la vida eterna, Juan 5:39. En lo general se refiere al auge de los Fariseos, Saduceos y Esenios, de 200 a 140 A. C. La gran mayoría de los escribas era de Fariseos, con los que estaban constantemente asociados en el Nuevo Testamento; comp. Hechos 23:9. Entre los más célebres de estos maestros de la ley se contaban Hillel y Sammai, presidente y vice-presidente del sinedrio en el reinado de Herodes el Grande. Profesaban diferentes opiniones, y eso dio lugar al nacimiento de escuelas opuestas. Sammai y sus secuaces, que al desarrollarse su secta se convirtieron en zelotes, eran más rígidos, especialmente con respecto a la impureza ceremonial y a la guarda del Sábado; Hillel y su escuela mostraron un espíritu más liberal. Muchas de sus discusiones degeneraban en las más extravagantes y necias cuestiones. La existencia de estos dos partidos entre los escribas y los Fariseos del tiempo de Cristo, explica en parte las diferentes actitudes de los diferentes miembros con respecto a él, pareciendo inclinarse algunos a aceptarlo como verdadero maestro, Mat. 8:19; Mar. 12:28-34, y otros oponiéndosele obstinadamente, Mar. 3:22; 11:18, 27; 14:1, 43, 53; 15:1, 31. Gamaliel, el abogado de la tolerancia con respecto a los apóstoles, Hechos 5:34, era nieto de Hillel. Tanto los escribas como los Fariseos, ocupados en su mayor parte en la letra de la ley, y las fútiles y aun contradictorias tradiciones y discusiones que lo abrumaban, Tit. 1:14; 3:9, engreídos con sus propias concepciones, y poniéndose en favor del pueblo, habían perdido como clase, todo, menos la apariencia, de piedad. De ahí las severas censuras de Cristo, Mat. 5:20; 23:1-36.

Muchos de los escribas eran miembros del sinedrio, y se unieron a sus colegas los príncipes de los sacerdotes y ancianos para perseguir a Cristo y a sus discípulos, por tener ideas pervertidas respecto del Mesías prometido y su reino. A los escribas se les llama también “abogados” y “doctores de la ley,” Mat. 22:35; Luc. 5:17; Hechos 5:34; y los ministros de Cristo debían ser escribas “instruidos en el reino del cielo,” Mat. 13:52, como “Zenas, el abogado” y Apolos “fuerte en las Escrituras,” Tit. 3:13. Las enseñanzas de Cristo presentaban fuertes contrastes con las de los escribas. Él hablaba como con autoridad que tenía origen en él mismo, Mat. 5:22, etc.; 7:28, 29, o que derivaba del Padre, Juan 8:28; 12:49, 50. Exponía sencillamente la ley divina en su fuerza original y en su verdadero espíritu. Viajaba

por las ciudades y pueblos, y enseñaba a las multitudes, mientras que los escribas generalmente exponían sus doctrinas en las escuelas, a las clases privilegiadas. Daba enseñanzas claras del reino de Dios y explicaba cuáles eran las cualidades espirituales necesarias para ser miembro de él, diciendo que diferían mucho de las concepciones de los escribas, Mat. 18:1-4; comp. 23:6-12. Proclamaba un Mesías que tendría que sufrir y expiar; mientras que ellos daban una errónea interpretación a las predicciones relativas a él, a su humillación y su exaltación, Juan 13:32-34.

La instrucción práctica especial en las Escrituras y tradiciones, en la escuela de algún rabino notable, era requisito para poner a un joven en aptitud de llegar a escriba. Se comprendían en este curso las cuestiones de ética y teología, y las leyes sobre contratos de propiedad y de evidencia. En tiempo oportuno, probablemente a los treinta años, el discípulo aprovechado era recibido en la asociación, poniendo al efecto el Rabino que presidía las manos sobre él, y declarándolo admitido “a la silla del escriba,” dándole tablillas y una llave, Luc. 11:52. Podía permanecer en una oscuridad comparativa, como simple copiante de las Escrituras o las filacterias, o como notario que escribe documentos de venta, esponsales o repudiaciones; o podía elevarse a la eminencia como maestro o miembro del Consejo. Los gajes que recibía y a menudo el ejercicio de algún arte mecánico, le proporcionaban con qué ayudar a su manutención, así como también los presentes que le hacían los devotos.

Las tradiciones orales, preceptos, etc., de los Escribas, fueron escritos y compilados en el siglo segundo, y se conocen como el Mislina, la primera parte del Talmud. Después de la redacción final del Mishna, 220 A. D., continuó la orden sus labores peculiares, añadiendo al Mishna dos cuerpos de comentarios y discusiones sobre ellos, llamados Gemaras, los cuales fueron completados 500 A. D., y constituyen la segunda parte del Talmud.

ESCRITURA. La escritura tiene indudablemente un origen muy antiguo, y naturalmente debe haber sido al principio ideográfica, consistiendo en dibujos toscos de objetos y símbolos naturales y de procedimientos naturales, como números, movimientos y pensamientos; y después fonética con letras y sílabas representando el sonido de las palabras orales. Los jeroglíficos egipcios son ejemplos de la transición del primero al segundo método de la escritura; y las 22 letras del alfabeto antiguo hebreo, lo mismo que las del más antiguo aún, de los Fenicios, demuestran su origen pastoril y la antigua transición: *alef* quiere decir buey; *beth*, habitación; gimel, camello, etc. La primera mención que la Biblia hace de la escritura está en Exod. 17:14, como arte antiguo y bien conocido. Los diez mandamientos fueron escritos en tablas de piedra, y Moisés escribió todas las leyes y estatutos prescritos por Dios, Exod. 24:4, 7, 12; 32:32, 33. Se archivaron crónicas escritas, Núm. 21:14; 2 Sam. 1:18. Se exigía de este modo que el pueblo se familiarizase con la ley, Deut. 6:6-9, y se hicieron de ella muchas copias, Jer. 8:8. La escritura se usaba en las transacciones comerciales y legales, Núm. 5:23; Jos. 18:9, y en la correspondencia, 2 Sam. 11:14; Esdr. 4:8, 11; 5:6; Neh. 6:17; Jer. 29:1, y a menudo se mencionan a los escribas y cronistas, 2 Sam. 8:17; 20:24, 25; Jer. 36. Las cartas y los libros tenían la forma de rollos cilíndricos, Salm. 40:7; Isa. 34:4; Zac. 5:1, y la escritura sobre papiro, 2 Juan 12, o pergamino, 2 Tim. 4:13, no tenía ni mayúsculas, ni puntuación, ni espacio alguno entre las palabras o las sentencias. Se hacían inscripciones sobre plomo, latón, tejas de barro, tablillas de cera, emplasto, piedra y joyas, Exod. 39:14-30; y las letras se formaban con la mano, con la punta de una caña o una brocha y tinta, el estilete de metal y la herramienta del grabador. Véanse Libro, Tinta y Pluma.

En la “Escritura de Verdad,” Dan. 10:21, hay una alusión a los decretos divinos representados como escritos en un libro, Sal. 139:16; Apoc. 5:1.

ESCRITURAS, LAS. Véase Biblia. En el Nuevo Testamento, los Libros del Antiguo Testamento son llamados “las Escrituras,” Mat. 22:29, “las Santas Escrituras,” etc., Rom. 1:2; 16:26; 2 Tim. 3:15. Las Epístolas de Pablo están incluidas en “las Escrituras” en 2 Ped. 3:16. También se hace referencia a pasajes particulares, Mar. 12:10; Hechos 8:35, o a un libro individual, vers. 32, como “la escritura.” La fuerza especial de ese término en tiempo de Cristo y sus apóstoles será mejor apreciada si se recuerda que aún no se habían escrito las tradiciones judías. En el Mishna, la expresión usual hebrea de los libros del Antiguo Testamento, es el *Mirra*, es decir, lectura, como en Neh. 8:8, siendo apropiada la palabra hebrea que significa escritos a los libros llamados *Hagiógrafa*. El término “Santas Escrituras,” como comprensivo de los libros del Nuevo Testamento, estuvo en uso en la iglesia desde el siglo segundo. “Toda escritura,” esto es, toda porción de la Santa Escritura, “es inspirada” y provechosa, 2 Tim. 3:15, 16. “Ninguna profecía de la Escritura” debe interpretarse aisladamente; su cumplimiento mostrará su verdadero lugar entre todas las palabras proféticas del Espíritu Santo, 2 Ped. 1:20, 21. Pero es evidente que los judíos en tiempo de Cristo estaban familiarizados con las Escrituras del Antiguo Testamento, como aparece de sus propias citas, Juan 6:31; 8:5, y las frecuentes referencias de Cristo con respecto a este hecho, Mat. 12 3, 5; 21:16, 42; Mar. 12:10, 26, 35-37; Luc. 6:3; 10:26; 24:25-27; Juan 5:39; y se esperaba que los cristianos se familiarizaran también con el Nuevo Testamento, Hech. 17:11; Col. 4:16; Apoc. 1:3.

ESCUDO, adarga, rodela, pieza defensiva de armadura, usada en todo tiempo antes que las armas de fuego la anularan, hecha de diferentes formas y tamaños, y que no se distingue de un modo uniforme en la Escritura. Era esa pieza generalmente redonda u ovalada. El gran escudo *tsinnah*, 1 Crón. 12:24, 34, se lo llevaba un ayudante al guerrero mientras no se combatía, 1 Sam. 17:7, 41. Otro más pequeño, llamado *magen* en la Biblia hebrea, en pasajes como Jue. 5:8; 1 Crón. 5:18, se usaba comúnmente, y los dos se mencionan a menudo juntos, como equipos militares, 2 Crón. 14:8; Jer. 46:3; Ezeq. 23:24.

Ambos términos hebreos se aplican a Dios como protector de su pueblo: *magen* se halla empleado así en Gén. 15:1; Deut. 33:29; Sal. 84:9, 11, y *tsinnah*, en Sal. 5:12. A los gobernantes de la tierra también se les llama “escudos,” Sal. 47:9. De 1 Rey. 10:16, 17 aparece que se requería mucho más material para el *tsinnah* o adarga, que para el *magen* o escudo. Los escudos se llevaban en el brazo izquierdo sujetos del codo por medio de una correa, y de otra que se agarraba con la mano, o asíéndolos de una perilla o manecilla central. Tenían un marco delgado de madera, cubierto de piel correosa, y así podían ser quemados, Ezeq. 7:9, a menudo llevaban clavos o tachones y se les redondeaba y pulía para desviar los golpes de las armas, Job 15:26. Algunas veces el marco era de hierro, o de oro, como los escudos hechos por Salomón para las procesiones religiosas o civiles, 1 Rey. 10:16, 17, tomados por Sisac, y reemplazados por Jeroboam con otros de bronce, 1 Rey. 14:25-28. Los escudos que usaban los soldados de Antioco V eran de metal, 1 Mac. 6:39. La superficie de los escudos se conservaba en buen estado, aplicándole aceite, Isa. 21:5, y además se resguardaban con una funda cuando no estaban en uso, Isa. 22:6. El escudo de Saúl fue desechado en la batalla, y no “ungido,” 2 Sam. 1:21. Los escudos protegían a los soldados en el sitio de las ciudades, Isa. 37:33; Ezeq. 26:8, y haciendo que sus extremos se tocaran entre sí, formaban un baluarte impenetrable. La palabra traducida “escudo” en 1 Sam. 17:6, 45 [en revisiones antiguas], significa lanza o jabalina. Pablo, el prisionero, toma el escudo de su guardia romana como símbolo de la fe cristiana, Efe. 6:16; 1 Juan 5:4. Compare 2 Sam. 22:36. Véase Armas.

ESCUELA. La palabra griega *schole* significa ocio o tiempo desocupado, es decir de trabajo manual; de ahí, el empleo de los ratos de ocio en estudios literarios, en una conferencia o discusión. Compare como en Hech. 19:9, la pieza en que un maestro se reunía con sus discípulos para instruirlos y debatir con ellos.

ESCUELAS HEBREAS. Nada se sabe de los escuelas nacionales o elementales de Israel, antes que los judíos volvieran de la Cautividad. La ley Mosaica mandaba estrictamente a los padres la instrucción personal de sus hijos, Deut. 6:7; 11:19. En adición a esto, los Levitas estaban encargados de enseñar al pueblo, Deut. 33:10. Conocimientos generales de lectura y escritura parece que se exigían implícitamente, por las direcciones relativas a la inscripción de ciertas partes de la ley, Deut. 6:9; 27:3, 3, 8. El rey debía saber leer y escribir, Deut. 17:18, 19. Con la caída de la nación en la idolatría y su servidumbre bajo los idólatras, la educación decayó indudablemente. En tiempo de Samuel es cuando primero leemos que había asociaciones para educar a los jóvenes para el cargo profético, 1 Sam. 10:5, 10; 19:20; y continuaron bajo los reyes de Israel, 1 Rey. 20:35; 2 Rey. 2:3, 5; 4:38; 6:1; Amós 7:14. Además la instrucción parental era muy recomendada, Prov. 1:8. En el reino de Judá, los Levitas se volvieron negligentes, 2 Crón. 15:3. Josafat volvió a darles esta comisión, 2 Crón. 17:7-19; 35:3; cumplieron este cargo bajo Ezequías y Josías, 2 Crón. 30:22; y en tiempo de Esdras, otra vez aparecen como maestros e intérpretes del pueblo que había llegado a perder su familiaridad con el hebreo, Neh. 8:7-9, 13 por su larga residencia en Babilonia y el uso del "Siriaco" o dialecto Aramaico, Dan. 2:4. Conforme a la tradición judía, Esdras reunió a su alrededor a hombres hábiles en la ley, y con su auxilio educó maestros públicos que establecieron sinagogas provistas de medios de instrucción, en Jerusalén y los pueblos de Judea. Estas escuelas en tiempo de Cristo estaban bajo la dirección de los empleados del Sinedrio y de los "escribas" y "doctores." La instrucción en las escuelas superiores era catequística: los maestros sentaban un principio de doctrina, y los discípulos cuestionaban sobre él, Luc. 2:46, o preguntando el maestro y contestando los discípulos. El método seguido a menudo por Jesucristo se asemejaba a este, Mat. 22:17-22; Mar. 8:27-30; Luc. 20:2-4. La atención floja era animada por cuentos, alegorías, etc. Además de la instrucción en las Escrituras y tradiciones, en hebreo sagrado, en griego, y en las ciencias tal cual se conocían entonces, se enseñaba cuidadosamente la etiqueta en los saludos, etc. Cada joven estaba obligado a adquirir el conocimiento práctico de algún oficio, Hech. 18:3. La independencia de nuestro Señor de estas escuelas superiores excitó la sorpresa de sus doctos antagonistas, Juan 7:15, a quienes él les descubría a menudo el verdadero sentido de ciertos pasajes que habían estudiado sin comprenderlos, Mat. 12:2-5; 19:4; 21:15, 16, 42; Mar. 12:18-26. Sus primeros apóstoles no tenían una educación elevada, Hech. 4:13; pero Pablo había sido discípulo de Gamaliel, Hech. 22:3. Josefo y Filo representan a los padres judíos como extremadamente cuidadosos de la educación de sus hijos en la ley sagrada, y que se les debía enseñar a leerla; se les daba a estudiar en ejemplares cuidadosamente copiados.

Conforme al Talmud, un muchacho comenzaba a estudiar las Escrituras Mosaicas en su casa, a los cinco años de edad; comp. 2 Tim. 3:15, era enviado a la escuela a los seis, y a los diez comenzaba a estudiar la doctrina tradicional, la cual, sin embargo, no fue escrita sino hasta después del tiempo de Cristo. Las personas que no habían recibido una enseñanza rabínica, eran despreciadas como ignorantes, Juan 7:49. Después de la caída de Jerusalén, las escuelas judías elementales y superiores continuaron floreciendo, y en donde quiera que residieran los judíos eran consideradas como de grande importancia. La educación de las niñas era generalmente inferior a la de los muchachos.

ESDRAS o ESRA, auxilio, sacerdote célebre y caudillo de la nación judía. Fue escriba perito en la ley, hombre instruido, apto y fiel, y parece que disfrutó de gran consideración en la corte persa. Durante los 80 años que comprende su narración, pasó la mayor parte del reinado de Ciro, y todo el de Cambyses, Smerdis, Dario Hystaspis, Jerjes, y ocho años del de Artaxerxes Longimanus. De este último rey recibió cartas, dinero y toda clase de auxilios deseables, y se dirigió a Jerusalén a la cabeza de un gran número de los judíos desterrados que quisieron volver a su patria, 457 A. C. Luego que llegó allí instituyó muchas reformas en la conducta del pueblo, Esd. 7, y en el culto público, estableciendo sinagogas en que se leyera la Biblia y se orara, Esd. 8-10; Neh. 8. Después de esto se cree generalmente que escribió los

libros de las Crónicas, Esdras, y una parte del de Nehemías y que reunió y revisó todos los libros del Antiguo Testamento que forman el actual canon. En su obra fue ayudado por Nehemías y probablemente por Malaquías.

El Libro de Esdras contiene una historia escrita en parte en Caldeo, de la vuelta de los judíos en tiempo de Ciro, caps. 1-6; en seguida, 60 años después, da una relación de los hechos efectuados en un solo año, caps. 7-10, 456 A. C. Hay dos libros apócrifos que se le atribuyen.

Se hace mención de otros dos individuos de este nombre en 1 Crón. 4:17; Neh. 12:1.

ESMEREJÓN, *poderoso*, ave de la especie del águila, declarada inmunda por la ley, Lev. 11: 13. Se cree que significa águila marina o águila negra de Egipto. Véase Aves.

ESMERALDA, Apoc. 4:3; 21:19, piedra preciosa de un hermoso color verde, que se hallaba antiguamente en Etiopía, pero en los tiempos modernos sólo se encuentra en la América del Sur, Exod. 28:17; Ezeq. 27:16; 28:13. Josefo y los setenta la consideran como joya semejante a un carbón encendido, de la especie del rubí indio o del carbuncho.

ESPADA. La palabra hebrea traducida así, tiene un significado más lato, y ha sido por lo mismo interpretada por “cuchillos afilados” o “agudos” en Jos. 5:2; Ezeq. 5:1, 2. Algunas espadas tenían dos filos, Sal. 149:6; tenían a menudo puños ricamente ornamentados, y se llevaban en vainas, 1 Sam. 17:51; 2 Sam. 20:8, colgando de un cinturón, 1 Sam. 25:13, descansando en el muslo, Jue. 3:16; Sal. 45:3. Ceñírselas era un preludio de hostilidades y un símbolo de guerra, Isa. 34:5; Apoc. 19:17, 21; de poder, Rom. 13:4, y de juicios divinos, Deut. 32:41; Sal. 17:13. Las espadas griegas y romanas tenían comúnmente una hoja ancha, recta y de dos filos, y eran algo cortas.

ESPAÑA, Rom. 15:24, 28. La península que se halla al sudoeste de la Europa, de unas 480 millas de ancho y 600 de largo. Los Fenicios tenían establecimientos comerciales en su costa, uno de los cuales, llamado por los Griegos Tartessus, fue probablemente el Tarsis de Hiram y Salomón. Véase Tarsis. Gades, ahora Cádiz, era otro establecimiento fenicio. Los primeros habitantes de esa península, conocidos por los Griegos y los Romanos, fueron los Iberos, residentes en las cercanías del río Ibero, llamado actualmente el Ebro. Estos se mezclaron después en algunos lugares con los invasores celtas, El nombre Iberia se hizo extensivo por los Griegos a todo el país desde la costa occidental, en donde tenían establecimientos. En 238 A. C. los Cartagineses invadieron la Iberia y conquistaron su parte occidental; pero fueron arrojados de allí por los Romanos en la segunda guerra púnica, por el año 206 A. C. Después de su conquista por los Romanos, fue ese país llamado Hispania, nombre cuyo origen traen algunos de la palabra semítica Safán, véase Conejo; y por otros, de la palabra vascuense España, el confín de la Europa. La España era famosa por sus riquezas minerales de oro, plata, etc. Su conquista por los Romanos no terminó, sino en tiempo de Augusto, 19 A. C., quien la dividió en tres provincias, una de las cuales llamada Lusitania casi correspondía al mismo Portugal. Muchos Romanos se establecieron en España, y su idioma y civilización se extendieron por todo el país, siendo Séneca el mayor natural de allí. Probablemente residían en España muchos judíos Helenistas, y quizá había cristianos en la fecha en que se escribió la Epístola a los Romanos, 58 A. D., cuando Pablo, estando en Corinto, intentó visitar ese país, Rom. 15:24, 28—proyecto que probablemente efectuó entre su primera y segunda prisión en Roma, 64-66 A. D. Véase Pablo. En la decadencia del Imperio Romano, España tuvo que sufrir como campo de batalla de las tribus teutónicas. Los Godos establecieron su supremacía en 427 y cambiaron su cristianismo Arriano por la fe católica romana en 587. Por el año de 713 los Árabes mauritanios, o Moros, conquistaron a España, arrojando a los cristianos al norte de la Península, y conservando su

Imperio mahometano en ella, hasta que fueron despojados del último reino que les quedaba, el de Granada, en 1482, por Fernando e Isabel, quienes también expulsaron de España a los judíos. El reino llegó al apogeo de su prosperidad bajo el gobierno del Emperador Carlos V (I de España), nieto de Isabel, y comenzó a decaer bajo el de Felipe III, nieto de Carlos. Antes de 1868 la enseñanza de las doctrinas protestantes estaba prohibida allí por la ley.

ESPARCIDOS, los Sant. 1: 1. Véase Cautividad. Los judíos desterrados se hallaban no solamente en Babilonia, sino en todas las tierras que quedaban más o menos distantes de Palestina, Hech. 2:9- 11; y proporcionaron muchos conversos al evangelio, que contribuyeron en gran manera a su rápida propagación, Juan 7:35.

ESPECIAS, es la traducción de cuatro palabras hebreas, una de las cuales, *oasam*, que se encuentra únicamente en Cantares 5:1, puede significar acaso el bálsamo precioso que se obtuvo de la goma y la fruta del *Amyris opobalsamum*, basham arábigo. Véase también Cant. 5:13; 6:2. En los otros pasajes en donde se mencionan algunas de las palabras antedichas, se hace referencia probablemente a las sustancias aromáticas en general, incluyendo no sólo gomas, raíces, maderas y cortezas olorosas, sino también semillas fragantes y perfumes de flores, Cant. 4:14, 16. De algunas de estas sustancias se hacía uso en la composición del incienso sagrado y del aceite de la unción, Exod. 25:6; 30:23-25, 34; 35:8, 28. Algunas eran producidas en Palestina y otras se obtenían en la Arabia, la India, la Persia, el África Oriental, etc. Compare 1 Rey. 10:2, 10; Ezeq. 27:22. La palabra griega *aromata*, traducida aromas, o “drogas aromáticas” en Mar. 16:1; Luc. 22:56; 24:1, [versiones antiguas] denota también sustancias aromáticas en general; siendo una goma y una madera olorosa las dos especificadas en Juan 19:39, 40. Josefo hace mención de la asistencia de 500 porta-incensarios a los funerales de Herodes el Grande.

ESPERANZA, Algunas veces en hebreo “ponerse sobre,” 2 Reyes 18:5, 19, 20, 21, 24; otras veces “cubrirse debajo,” Rut 2:12; Sal. 2:12; 31:1; Nah. 1:7; Sof. 3:12. La esperanza por lo común es el deseo y la perspectiva de alcanzar algún bien, 1 Cor. 9:10, especialmente la perspectiva segura de la salvación y de todas sus bendiciones para esta vida y la venidera, por los méritos de Cristo. Es uno de los tres grandes elementos del carácter y la vida del Cristiano, 1 Cor. 13:13. Su prenda segura se encuentra en la vida espiritual ya implantada en los creyentes, y que debe prolongarse por toda la eternidad, Rom. 8:23-25; 1 Cor. 15:19; Gál. 5:5; 1 Tes. 5:8-10; 2 Tim. 4:8; Tito 3:4-7. El Espíritu Santo la inspira y la conserva, 1 Ped. 1:3-5; Rom. 8:11; 15:13. Los incrédulos están sin esperanza porque están sin Dios, Efe. 2:12; 1 Tes. 4:13. Cristo es la Esperanza de los creyentes, porque ellos hacen depender todo en él, y porque es en la segunda venida de Jesús que se realizará la esperanza de alcanzar la gloria, Col. 1:27; 1 Tim. 1:1; Tit. 2:13. La esperanza los pone en aptitud de soportar las aflicciones del presente, Rom. 8:25; 1 Tes. 1:3; y los estimula a trabajar diligentemente, 1 Cor. 15:51-58, y a luchar para lograr la posible semejanza a Cristo, Heb. 12:14; 1 Juan 3:2, 3.

ESPÍRITU, el principio de la vida en el hombre. “Exhalar el espíritu” es morir—entregar el alma a Dios que la dio, Gén. 25:8; Luc. 23:46.

La palabra espíritu corresponde a la hebrea *ruchieh* y a la griega *pneuma*, traducida según su significación primitiva “viento,” en Gén. 8:1; Eccl. 11:4; Juan 3:8; y usada en varios sentidos en la Biblia.

I. Para designar a la Deidad, especialmente al Espíritu Santo, la tercera persona de la Santísima Trinidad, la cual inspiró a los profetas; anima a los hombres buenos, derrama su unción en nuestros corazones, nos imparte vida y consuelo, y en cuyo nombre somos bautizados y bendecidos, así como en el nombre del Padre y del Hijo. Cuando el adjetivo Santo se aplica al término Espíritu, siempre debemos entenderlo

como se ha explicado aquí; pero hay muchos lugares en que debe también tomarse en este sentido aun cuando el término Santo esté omitido.

II. En el sentido de aliento, respiración; o el principio de la vida animal común a los hombres y a los brutos; este lo ha dado Dios, y lo recoge cuando quita la vida, Eccl. 3:21. Véase Alma.

III. En el de alma racional que nos anima y conserva su ser después de la muerte del cuerpo: la sustancia racional responsable que es capaz de felicidad eterna o de eterna miseria, Luc. 23:46; Hech. 7:59; 1 Cor. 5:5; Heb. 12:9, 23. Véase Alma. Algunas veces en el sentido de una alma desprendida del cuerpo, Luc. 24:37, 39. En Mat. 14:26; Mar. 6:49, otra palabra griega, fantasma, se usa para expresar la misma idea. “Los espíritus encarcelados,” 1 Ped. 3:19, parece según el vers. 20 denotar las almas de los pecadores antdiluvianos que están en confinamiento reservados para el día del juicio; comp. 2 Ped. 2:4, 9. La predicación o proclamación que se les hizo por Cristo “en el Espíritu” se entiende generalmente como practicada en los días de su vida terrenal, por conducto de Noé, bajo la influencia del Espíritu Santo, llamado algunas veces “El Espíritu de Cristo” Compare 2 Ped. 2:5. Así Cristo les predicó a los gentiles y a los judíos por medio de sus apóstoles, Efes. 2:17; comp. Luc. 24:46,47. Otros entienden en 1 Ped. 3:19 alguna proclamación hecha por Cristo personalmente cuando al morir bajó a los infiernos en espíritu humano; comp. Hech. 2:31; tal proclamación, sin embargo, no puede entenderse que signifique cambio en la condición de las almas de los que murieron impenitentes; comp. Luc. 16:23-31.

IV. Inteligencia criada, que no es humana, es decir, un ángel, ya sea santo, Heb. 1:14, o caído y pecador, Mat. 10:1. Los saduceos negaban la existencia de los ángeles y de los espíritus separados del cuerpo, Hech. 23:8.

V. Disposición del ánimo. Así vemos que se dice, espíritu de celo, espíritu de fornicación, espíritu de oración, espíritu de sabiduría y entendimiento, espíritu de temor de Dios, Oseas 4:12; Zac. 12:10; Isa. 11:2. En Luc. 13:11 “espíritu de enfermedad” se refiere a alguna condición enfermiza del cuerpo, tal vez producida de algún modo por la agencia permitida de un ser espiritual, Satanás, vers. 16.

VI. Naturaleza renovada de los verdaderos creyentes, que se produce por el Espíritu Santo y conforma el alma a su semejanza. El espíritu es de este modo lo opuesto a la carne, Juan 3:6. Este espíritu está vitalmente unido con el Espíritu de Cristo y en algunos pasajes apenas podría distinguirse de él, y es quien anima a los verdaderos cristianos, hijos de Dios, y los distingue de los hijos de las tinieblas a quienes anima el espíritu del mundo, Rom. 8:1-16. El Espíritu divino que en nosotros habita es el don de gracia y de adopción, el Espíritu Santo derramado en nuestros corazones, que nos inspira confianza para llamar a Dios, “Abba,” es decir, Padre. “Los que están influenciados por este Espíritu “han crucificado la carne con sus afectos y concupiscencias,” Gál. 5:16-24.

La distinción o percepción de los espíritus” consistía en discriminar si un hombre estaba realmente inspirado por el Espíritu de Dios, o era falso profeta, impostor, que solamente obraba según el impulso de su propio espíritu o el de Satanás. Pablo habla en 1 Cor. 12:10 de “percepción de los espíritus,” contándola entre los dones milagrosos concedidos por Dios a los fieles cuando se estableció el Cristianismo por primera vez.

“Apagar el Espíritu,” 1 Tes. 5:19, es una expresión metafórica que fácilmente se entiende. Este Espíritu puede apagarse, obligando, por decirlo así, a este agente divino a apartarse de nosotros por la irregularidad de nuestra vida, por la avaricia, la negligencia, o por otros pecados contrarios a la caridad, la paz, y sus demás dones e influencias.

Nosotros “contristamos” al Espíritu de Dios, Efes. 4:30, resistiendo sus santas inspiraciones o los impulsos de su gracia, viviendo de un modo indiferente, o incauto, menospreciando sus dones o descuidándolos, abusando de sus favores por vanidad, por curiosidad o por indiferencia.

Por el contrario, avivamos o despertamos el don del Espíritu de Dios que está en nosotros, 2 Tim. 1:6, por medio de la práctica de la virtud, de la sumisión a sus inspiraciones, del fervor en su servicio, de la renovación de nuestra gratitud, y por último sirviendo diligentemente a Cristo y haciendo las obras inspiradas por el Espíritu.

ESPÍRITU FAMILIAR, espíritu predilecto de una casa. Véase Adivinación.

ESPÍRITU SANTO. La tercera persona de la Bendita Trinidad. Se dice que procede del Padre y que fue enviado por el Padre y el Hijo sobre los discípulos, Juan 14:26; 15:26; que es el Espíritu del Padre, Mat. 10:20; 1 Cor. 2:11; y el Espíritu de Cristo, Gál. 4:6; Fil. 1:19.

Que es una persona real y no meramente un atributo o emanación de Dios, se infiere claramente de los mismos pasajes de la Biblia que lo describen como ejerciendo los actos, pensamientos, emociones y voliciones de una persona inteligente o distinta. Ningún otro ser que no lo fuera, podría satisfacerse, disgustarse y apenarse; podría hablar, consolar e interceder, o dividir sus dones para todos, de los diversos modos empleados por él.

Que es una persona divina igual al Padre y al Hijo, se prueba por la asociación que con ambos tiene en una gran variedad de actos puramente divinos, como en la obra de la creación, Gén. 1:2; Sal. 33:6; 104:30.

Es honrado, como ellos lo son, en la forma bautismal, Mat. 28:19, y en la bendición apostólica, 2 Cor. 13:14; Apoc. 1:4, 5. Recibe los nombres de Dios: Jehová; comp. Hech. 18:25 con Isa. 6; Heb. 3:7-9 con Exod. 17:2-7; Jer. 11:31-34 con Heb. 10:15, 16. Dios; Hech. 5:3, 4. Señor; 2 Cor. 3:17, 18. Ejerce los atributos de Dios, 1 Cor. 2:10, 11; Isa. 40:13, 14; Sal. 139:7-10; Heb. 9:14; y la blasfemia contra él es imperdonable, Mat. 12:31, 32. Véase Blasfemia.

La obra del Espíritu Santo es divina. En los tiempos más antiguos inspiraba a los escritores sagrados y a los maestros, e impartía dones milagrosos. Bajo la dispensación cristiana aplica la salvación de Cristo a los corazones de los hombres, convenciéndolos de pecado, Juan 16:8, 9, manifestándoles “las cosas de Cristo,” iluminándolos y regenerándolos, Juan 3:5; 1 Cor. 12:3-11. Es el consolador de la iglesia, Juan 14:16, 17, 26; llama obreros al ministerio y los dirige, Hech. 13:2, 4; 20:28; da testimonio con los creyentes. Rom. 8:15-17; los auxilia en la oración e intercede por ellos, vers. 26, 27; los dirige en el deber, ver. 14 y los santifica para el cielo, Gál. 5:16-26; 1 Ped. 1:2. A todos se les amonesta que no lo “extingan,” “lo enojen,” “lo resistan,” o “lo contristen,” Isa. 63:10; Hech. 7:51; Efes. 4:30; 1 Tes. 5:19, porque sin él no tenemos parte en Cristo, Rom. 8:9.

ESPIRITUAL, lo que pertenece al Espíritu Santo, Rom. 1:11; Efes. 1:3; comunicado por él, 1 Cor. 10:3, 4; determinado por él, y hecho bajo su influencia, 1 Cor. 3:1; Gál. 6:1; Efes. 5:19; 1 Ped. 2:5. Véase Espíritu I., VI.

ESPONJA. Una sustancia submarina que abunda en las partes orientales del Mediterráneo, adherida a las rocas y sacada de allí por buzos. Homero, por el año 850 A. C., menciona las esponjas como usadas entre

los Griegos para lavar sus personas y para limpiar las mesas después de las comidas. La esponja familiar en el comercio consiste en una especie de malla de fibras menudas circuida por sus membranas, formando una masa sumamente porosa y elástica, a propósito para llevar de beber adonde no puede hacerse uso de una copa, Mat. 27:48; Mar. 15:36; Juan 19:29. La esponja en su estado natural pertenece a la orden ínfima de animales, llamada porífera, por los poros en que esa sustancia abunda, estando esta revestida y formada por una agregación viscosa de cuerpos separados, algunos de los cuales están provistos de largos filamentos. Estos, por medio de constantes vibraciones, mantienen una corriente de agua que entra por los poros de la esponja, y es expelida por las aberturas mayores después de haberse desprendido de aquellas partículas sólidas que pueden combinarse con la masa gelatinosa.

ESTACTE, Uno de los cuatro ingredientes del perfume sagrado o incienso, Exod. 30:34, 35. Las palabras hebreas *nataf* y la griega *stacte* (Septuaginta) denotan ambas una gota, que puede ser de la goma de alguna planta. Los escritores griegos describen dos clases de estacte: uno es la goma del árbol de mirra, que se halla en la Arabia y se designa con el nombre de *Balsamodendron opobalsamum*. La mirra, sin embargo, se menciona en las Escrituras, dándole un nombre distinto, mór, derór, mirra “pura” o “líquida,” como ingrediente del aceite de la santa unción, Exod. 30:23. La otra sustancia llamada estacte, era una especie de goma estoraque, trasparente como una lágrima y parecida a la mirra. El árbol estoraque abunda en los cerros más bajos de Galilea, alcanza una altura de quince a veinte pies, tiene hojas ovaladas de un color verde oscuro, blanquiskas por la parte de abajo, y flores parecidas a los azahares, que forman racimos en la punta de las ramas. De la corteza destila una goma resinosa y sumamente fragante. La goma extraída de una planta de la misma familia, en Borneo, llamada *Styrax benzoin*, se quema como incienso en los templos del Indostán.

ESTADIO. Se pone en el Nuevo Testamento por el estadio griego, o más bien dicho romano, que contenía como 201 yardas. El estadio inglés, que es una octava parte de milla, contiene 220 yardas, y es por lo mismo una doceava parte más largo que el estadio romano. Luc. 24:13.

ESTANQUES, grandes depósitos de aguas primaverales o llovedizas para beneficio del público, mientras las cisternas eran para el uso privado. Véase Cisternas. La falta de provisión de agua en los estanques, era una calamidad irreparable, Jer. 14:3.

Había numerosos estanques en Jerusalén y en sus alrededores, siendo los más notables los siguientes: (1) “El estanque de arriba,” 2 Rey. 18:17; Isa. 7:3; 36:2 en la parte occidental de la ciudad, al sur del camino de Jafa y más de un tercio de milla distante de la puerta de Jerusalén. Ahora es el “Birket Mandila;” se halla a la cabeza del Valle de Gihón y está unido por algunos conductos con (2) el estanque de Ezequías, 2 Rey. 20:20; 2 Crón. 32:30, ahora “Birket el Hammam,” a corta distancia de la puerta de Jaffa. (3) La pesquera o “estanque de abajo,” Isa. 22:9, estaba en el Valle al oeste de Sión y ahora se llama “Birket es-Sultan.” (4) El estanque de Selah o Siloe, Neh. 3:15; Juan 9:7, ahora Birket-Silwán, cerca de la abertura del Tiropeón; y (5) el estanque o “pesquera vieja,” Isa. 22:11, un pequeño estanque al sur del anterior, y que recibía agua de él. (6) “El Estanque del rey,” Neh. 2:14, ahora la “fuente de la virgen” en el lado oriental de Ofel, identificado por algunos con los “estanques de Salomón” y con “Betesda,” (7) aunque “el estanque Betesda,” Juan 5:2, comúnmente se ha supuesto que significa Birket es-Serain o Israel, dentro del muro occidental de la ciudad, y al norte del área del templo. Bajo de esta área también había vastos depósitos cavados en piedra. Véase Estanques de Salomón.

ESTAÑO, nombre de un metal conocido y usado en siglos anteriores v. g. por los Madianitas, Núm. 31:22, y traído por los Tirios de Tarsis, Ezeq. 27:12. En Isa. 1:25; Ezeq. 22:18, 20, quiere decir la liga del plomo, estaño y otros componentes inferiores, en el metal de la plata, separados de la plata pura por

medio de la fundición. Compare Jer. 6:29, 30. Se usaba para hacer sondas, Zac. 4; 10; pero principalmente mezclado con cobre en la manufactura del bronce. No se encontraba en Palestina, pero puede haber sido traído de Madián, de la península española, o aun de Devonshire, Inglaterra, en buques fenicios.

ESTAOL, *paso*, población situada en el límite occidental de Judá; dada después a Dan, Jos. 15:33; 19:41. Se menciona en la historia de Sansón, Jue. 13:25; 16:31.

ESTEBAN, *corona*, uno de los siete designados por la iglesia de Jerusalén para ayudar a los apóstoles, prestando sus servicios a los pobres, Hech. 6:1-6; de ahí es que se les ha dado el título de Diáconos, en griego *diaconoi*, ministros o servidores, si bien no se les aplica a ellos directamente en la Biblia. Esteban se distinguía entre los siete como "lleno de fe y del Espíritu Santo." Así como sus asociados, excepto el prosélito Nicolás, parece, en vista de su nombre griego, que fue un Judío helenista. Véase Grecia.

Sus importantes trabajos excitaron el celo y la hostilidad de los judíos, especialmente los de las sinagogas helenistas, con quienes probablemente estaba más en contacto, y sus incontestables argumentaciones contribuyeron a hacerlos enemigos más irreconciliables todavía, vers. 8-10. Fue arrestado por imputársele el cargo de blasfemia y herejía, y llevado ante el sinedrio para ser juzgado, cap. 6:11 a 7:1. Su defensa, que incluyó un sumario de la historia de Israel, prueba en contra de los cargos que le hacían los testigos falsos, Hech. 6:11, 13, su reverencia hacia Dios y su respeto por el gran legislador de Israel; pero al mismo tiempo manifiesta que la presencia y la gracia divinas no habían sido estrictamente concretadas a un país o santuario en particular; que Moisés mismo había enseñado que él iba a tener un sucesor ilustre, que un espíritu rebelde había caracterizado siempre a Israel, y que los que habían dado últimamente muerte a Cristo y hacían entonces resistencia a su evangelio, eran los legítimos hijos de sus padres, que en todo tiempo se habían opuesto a la verdadera religión. Esteban parece haber hablado reposadamente hasta cerca del fin de su alocución, en que notando la refina de malicia de sus jueces, se tornó en vehemente y justo acusador, Hech. 7:51-53. Entonces, volviéndose de la amenazadora tempestad de las pasiones humanas, levantó los ojos hacia lo alto y habló de lo que veía: los cielos abiertos, la gloria de Dios y a Jesús a su diestra, como si se acabara de levantar de su trono para recibir a su siervo, vers. 54-56. La descripción que hizo de la visión que tuvo de la exaltación del Hijo del Hombre, cuya predicción hecha por Cristo mismo había antes encolerizado tanto a una reunión semejante, Mat. 26:64-68; Luc. 22:69-71, excitó a sus jueces más allá de toda pretendida obediencia a los Romanos sus señores, Juan 18:31, y echando inmediatamente fuera de la ciudad a Esteban, le dieron muerte a pedradas, Hech. 7:57-60. Según la ley Mosaica, Deut. 17:7, los testigos tomaron la iniciativa, Hech. 6:13; los vestidos exteriores que se habían quitado por comodidad, los pusieron al cuidado de Saulo, que era probablemente uno de los principales acusadores de Esteban. El fiel cristiano manifestó un espíritu semejante al de su divino Maestro, orando por el perdón de sus asesinos. Fue el primero de los testigos, en griego *martures*, de Jesús, Luc. 24:48; Hech. 22:20, a quien se daba muerte; de esto provino el sentido eclesiástico de "Martir" que primitivamente denotaba "un testigo," comp. Hech. 6:13; 7:58, que se restringió después para designar especialmente a los que habían dado testimonio de Jesús sometiéndose a la muerte por amor suyo; de esto provino la aplicación del título de proto-mártir dado a Esteban. Véase Mártir. Su muerte fue el preludio de una persecución general en Jerusalén. Este, sin embargo, al esparcir a los cristianos y divulgar el evangelio, Mat. 10:23, aumentó en gran manera el número de los creyentes, Hech. 8:1-4; 11:19-21, llegando a ser así "la sangre de los creyentes" según Tertuliano observa (160-220 A. D.), "la simiente de la iglesia." El cuidador de los vestidos de los testigos (que puede haber sido uno de los de Cilicia que hacían resistencia a Esteban, Hech. 6:9; 22:3), parece que por lo pronto se abandonó a un celo indiscreto llevado a la ferocidad, Hech. 8:3; 9:1, 2; y aunque sin duda sintió la fuerza de los argumentos y el testimonio de Esteban, de nada la

valió para su conversión, hasta que él mismo vio al Salvador, Hech. 9:4-6. Sin embargo, hay indudablemente algo de verdad en el dicho de Agustín, 354-430 A. D., de que la iglesia debe la conversión y ministerio de Pablo a la oración de Esteban. Años después, estando Pablo en circunstancias análogas, deploró haber presenciado y consentido en la muerte del mártir, Hech. 22:20—ese triunfo de la fe y del amor cristiano que ha enseñado a tantos mártires y cristianos a morir. Compare Sal. 109:31. Un argumento poderoso en pro de la divinidad de Cristo se halla en las oraciones dirigidas a él por Esteban, Hech. 7:59, 60; comp. Luc. 23:34, 46.

La muerte de Esteban ocurrió probablemente por el año 37 A. D. La tradición antigua daba a este acontecimiento por teatro un lugar al norte de Jerusalén, cerca de la puerta de Damasco, la cual en el siglo XII llevaba el nombre de Puerta San Esteban, tomado de una iglesia vecina edificada en memoria del mártir. Una tradición posterior dio por lugar al martirio la actual puerta de San Esteban, al este de Jerusalén, precisamente al norte del área de Haram.

Las ligeras discrepancias que se notan entre la defensa de Esteban, y lo que se dice en las Escrituras hebreas, puede atribuirse en parte a la influencia de la versión Septuaginta y en parte quizás al uso que él hizo de adiciones tradicionales, o tal vez de ciertos detalles que le fueron revelados por el Espíritu Santo. El espíritu de la historia del Antiguo Testamento, si no conserva siempre la exacta letra, sí se representa por lo menos con fidelidad.

ESTÉFANAS, un cristiano de Corinto, cuya familia (mencionado después, 1 Cor. 16:15, como las primicias o primera conversión de Acáya y como distinguida por los servicios que prestó a los hermanos cristianos) fue bautizada por Pablo, 52 A. D. Estéfanas visitó a Pablo en Éfeso en la primavera de 59, 1 Cor. 1:16; 16:15-18.

ESTEMOA, *obediencia*, ciudad de los sacerdotes de Judá, Jos. 15:50; 21:4; 1 Sam. 30:28; trazada por Robinson en el moderno pueblo de Semua nueve millas al sur de Hebrón.

ESTER, *estrella*, nombre persa de Hadasa, *mirto*, hija de Abihail de la tribu de Benjamín. La familia no había vuelto a Judea después del permiso dado por Ciro, y Ester nació probablemente más allá del Tigris cerca de 500 años A. C. Habiendo muerto sus padres, Mardoqueo, su primo, se hizo cargo de su educación. Véase Adopción. Después de que Asuero se divorció de Vasti, eligió a Ester como reina, y se casó con ella con magnificencia real, concediendo larguezas y remisiones de tributos a su pueblo. De esa manera ocupó un lugar que la puso cinco años después en aptitud de hacer un señalado favor a su pueblo, muy numeroso entonces en Persia. El libramiento de éste se celebra todavía por los judíos en la festividad anual llamada Purín, que fue instituida en aquel tiempo. El marido de Ester se supone que fue el Jerjes de la historia profana.

El libro de Ester se ha tenido siempre como canónico tanto por los judíos como por los Cristianos, aunque ciertas adiciones que se hallan en algunas versiones y manuscritos, son apócrifas. No se sabe con certeza quien fue su autor. Se le ha atribuido a Esdras, a un Sumo Sacerdote llamado Joaquín, y a Mardoqueo. Esta última opinión está apoyada en una evidencia interna, por tener el libro todas las apariencias de haber sido escrito en Persia por un testigo ocular de las escenas en él descritas. Presenta en efecto una pintura gráfica de la corte persa y de sus costumbres, y tiene un espíritu intensamente judaico. El principal valor del libro consiste en que patentiza las obras admirables de la providencia de Dios, el dominio que ejerce sobre las pasiones humanas, la justicia con que juzga a los pecadores, y el cuidado que tiene del pueblo de su pacto, al cual, no obstante hallarse cautivo en tierra extranjera, puede exaltar sobre todos sus enemigos. Con todo, el nombre de Dios no se menciona ni una vez en él.

ESTERILIDAD, era un defecto peculiarmente lamentado en todo el Oriente, Gén. 16:1; 30:1-23; 1 Sam. 1:6, 19; Isa. 47:9; 49:21; Luc. 1:25, y especialmente por las mujeres judías que recordaban al Mesías prometido, Gén. 3:15, y aspiraban al honor de figurar en su genealogía. La intensidad de este sentimiento se manifiesta por las extraordinarias y a veces injustificables medidas que las hacía adoptar, Gén. 16:2; 19:31; 38:14; Deut. 25:5-10. A los que han hecho profesión de ser cristianos se les imputa el cargo de esterilidad, si están destituidos del fruto del Espíritu, y no abundan en buenas obras, Luc. 13:6-9; 2 Ped. 1:8.

ESTIÉRCOL. En las tierras Bíblicas el estiércol de los animales era usado, y aun lo es todavía, no sólo como abono, sino cuando está seco, como combustible. En los distritos donde la madera es escasa, los habitantes tienen mucho cuidado en recoger el estiércol de los camellos y de los asnos; lo mezclan con paja picada y lo secan. No es raro ver una población entera con porciones de esta materia adheridas a las paredes para secarse; y en el otoño se apila en montones cónicos sobre las azoteas. Se emplea para calentar los hornos y para otros usos semejantes, Ezeq. 4:12-16. Del uso del estiércol como abono se hace referencia en Isa. 25:10. De allí viene la expresión “puerta del muladar,” Neh. 2:13. Sentarse sobre un montón de estiércol era una señal de profundo humillación y miseria, 1 Sam. 2:8; Sal. 113:7; Lam. 4:5. Véase también Exod. 29:14; Deut. 23:12; 2 Rey. 10:27; Dan. 2:5.

ESTIÉRCOL DE PALOMA, Se dice en 2 Rey. 6:25 que durante el sitio de Samaría “la cuarta parte de un cabo” (poco más de media pinta) de estiércol de paloma, era vendido por “cinco piezas de plata,” cerca de dos pesos y cincuenta centavos. Como el estiércol de paloma no puede servirle de alimento el hombre, ni aun en la más extrema carestía, la opinión general era que se la daba este nombre a una especie de lenteja que tenía una forma muy semejante al estiércol de paloma. Dos o tres sustancias vegetales son todavía llamadas así por los Árabes.

ESTOICOS, una secta de filósofos paganos fatalistas, llamada así porque su fundador Zeno, natural de Citium en Chipre, tenía una escuela en Atenas, en el tercer siglo A. C., en un pórtico público o columnario llamado Stoa Poecile, Pórtico pintado. Los estoicos eran panteístas, que creían que la deidad no era el Creador del Universo, sino su razón y su alma, que penetraba y organizaba toda la materia; que no sólo el hombre sino aun la deidad misma, tenían que sujetarse a un destino inevitable; y que el universo actual, que es desarrollo de Dios mismo, tendría con el tiempo que resumirse en él y sucederlo a él un nuevo desarrollo. A la vez que los estoicos enseñaban la unidad de Dios, consentían en el politeísmo, considerando a los muchos dioses de la mitología pagana como desarrollos menores del gran mundo divino. Consideraban el alma humana como una emanación material de la deidad, que en la muerte debía ser quemada o reabsorbida en él. Veían con indiferencia el placer y el dolor; hacían consistir la suprema felicidad del hombre en vivir virtuosamente, de acuerdo con la naturaleza y a la razón, y juzgaban al hombre que así vivía como perfecto y como que se bastaba a sí mismo.

Se parecían a los fariseos en su austeridad afectada, en su apatía, y en la indiferencia por las circunstancias externas de que hacían alarde. Sostenían la igualdad natural entre todos los hombres. Reputaban el suicidio como una manera propia de escapar de los males de la vida, cuando llegaban a ser demasiado grandes. De este modo, muchas de las principales doctrinas del estoicismo estaban en directo antagonismo con las del cristianismo, y especialmente con las verdades predicadas por Pablo con respecto al Dios y Salvador personal, a la resurrección y a la necesidad de una fe humilde en Jesús, Hech. 17:18-20. Compare vers. 22-33.

En el tiempo en que Pablo visitó a Atenas, 51 A. D., y por unos dos siglos después, la filosofía estoica era popular e influyente en todo el Imperio romano. Entre los filósofos más célebres de esta escuela figuraban Cleanthes, el inmediato sucesor de Zeno, autor de un himno “al Júpiter de muchos nombres;” los contemporáneos de César, Catón y Bruto; Séneca; el liberto Epícteto, que murió por el año 115 A. D.; y Marco Aurelio, emperador romano.

ESTORNUDO, 2 Rey. 4:35, palabra usada en un sentido natural en Job 41:18 para describir la violenta respiración del encolerizado Leviatán o cocodrilo.

ESTRADO, Se habla de la tierra como del estrado de Dios, Isa. 66:1; Mat. 5:35; lo mismo son sus enemigos, Hech. 2:35, y también el arca del pacto, 1 Crón. 28:2; Sal. 99:5.

ESTRELLA, Bajo el término estrellas, los Hebreos incluían todos los luminares celestes, con excepción del sol y de la luna, es decir los planetas, meteoros, cometas y estrellas, Gén. 1:16. Usan la expresión “las estrellas” y “las arenas de la orilla de la mar” para significar multitudes innumerables, Gén. 15: 5; 22: 17; 26: 4; Deut. 1:10, etc. Para enaltecer el poder y la omnisciencia de Dios, el salmista dice, “Él cuenta el número de las estrellas,” Sal. 147:4, como un rey que pasando revista a su ejército sabe el nombre de cada soldado; comp. Isa. 40:26. De un modo semejante, a las estrellas se les llama “la hueste o ejército de los cielos,” y Dios es el “Señor de los ejércitos,” Deut. 4:19; 2 Rey. 17:16; Sal. 24:10; 33:6; 148:2, 3. No hay nada en la creación visible que exhiba la gloria del Creador de una manera más expresiva que los cielos estrellados, Sal. 8:3; 19:1. En el Oriente se creía antiguamente, así como ahora, que las estrellas ejercían influencia en el destino de los hombres, Jue. 5:20; a su importancia, como guías del marinero, se hace alusión en Hech. 27:20.

Los Hebreos eran aventajados por los Egipcios, Fenicios y Caldeos, en materia de conocimientos astronómicos; pero la ciencia de estas naciones estaba mezclada con supersticiones e idolatría; comp. Isa. 47:1-13. La belleza y esplendor de las estrellas, que son especialmente brillantes en la atmósfera seca y pura de Egipto, Arabia y Palestina, y los beneficios que se les atribuyen, condujeron desde un principio a concebirlas como poseedoras de vida, inteligencia y poder. Las religiones del Oriente consistían en el culto que en mayor o menor grado se tributaba a las estrellas. Un horóscopo favorable o adverso se sacaba de los aspectos de los cuerpos celestes. Los Israelitas fueron amonestados contra semejante idolatría y superstición, Deut. 4:19; 17:3; Jer. 10:2; pero ellos a menudo se desentendieron de esta prohibición, 2 Rey. 17:16; 21:3, 5; 23:4, 5; Jer. 8:2; 19:13; Amós 5:26; Sof. 1:5; Hech. 7:42, 43; comp. Rom. 1:18-21, 25.

El número de estrellas que alcanza a columbrar la simple vista y las incontables miríadas reveladas por el telescopio, no son probablemente sino una pequeña fracción del número total llamado a la existencia por Dios; compare Job 25:3; 26:13, 14.

Se hallan a una distancia tan enorme las estrellas fijas, que los telescopios de mayor alcance las presentan sólo como puntos centellantes. Se ha calculado que la más cercana está por lo menos a 19 trillones de millas de la tierra, y que su luz emplea cerca de cuatro años para llegar hasta nosotros, mientras que la de otros necesita un término de miles de años. La fantasía del hombre las agrupó desde un principio en constelaciones, y las Escrituras aluden a varias de ellas bajo sus nombres semíticos, que en los idiomas modernos se han cambiado por los que les han dado los Griegos, Job 9:9; 38:31, 32; Amós 5:8.

Bajo el término estrellas y luceros, se designan a veces metafóricamente ciertos gobernantes y hombres ilustres de la tierra, Isa. 14:4, 12, 13; Dan. 8:10; también pastores, Apoc. 1:16, 20, probablemente ángeles, Job 38:7; David y su antitipo el Mesías, Núm. 24:17. Tiempos de calamidad pública que envuelven a los gobernantes de las naciones, pueden en parte verse simbolizados en Mat. 24:29; Apoc. 6:13. A los falsos maestros se les denomina “estrellas errantes” o meteoros, Jud. 13. A Cristo se le llama la estrella resplandeciente y la estrella de la mañana, como que sobrepaja en esplendor en sus revelaciones, a sus siervos los profetas, y como que anuncia el día evangélico, Apoc. 22:16. Compare 2 Ped. 1:19.

El famoso Judío y falso profeta Bacochebas, hijo de una estrella, que en el reinado de Adriano encabezó una insurrección que duró tres años, 132-135 A. D., y que fue destruido con muchos de sus partidarios, asumió su título en alusión a Núm. 24:17.

ESTRELLA DE LOS MAGOS, Mat. 2:1-12, al parecer una estrella o meteoro sobrenatural, que atrajo la atención de los Magos en su país, situado al este de Palestina, probablemente Caldea o Persia; y los guio milagrosamente primero a Jerusalén, la capital de Judea, y de allí a Belén al sitio en donde nació Jesús. Esta opinión, muy naturalmente deducible de la narración evangélica, armoniza con la verificación de otros milagros en la época portentosa de la encarnación y nacimiento del Hijo de Dios. Otra opinión sugerida primero por Kepler al observar la conjunción de Júpiter, Saturno, y Marte en 1604, y adoptada por muchos intérpretes, especialmente de aquellos que procuran eliminar de los Evangelios todo lo que es sobrenatural, explica el fenómeno de la estrella por una conjunción de Júpiter y Saturno, en Mayo 7 A. C., y de nuevo en Diciembre del mismo año, con la adición de Marte. Los Magos pueden haber observado probablemente con profundo interés estas conjunciones, y pueden, como astrólogos, haberlas relacionado con las esperanzas mesiánicas de los Hebreos, con las predicciones hechas por boca misma de Balaam, adivino oriental, Núm. 24:17, y la de Daniel, bien conocido en el Oriente como príncipe de los magos, Dan. 4:9; 5:11; 9:24, 25. Pero estas conjunciones ocurrieron varios años antes de la fecha aceptada del nacimiento de Cristo; los dos planetas no llegaron a estar cerca el uno del otro más que una distancia equivalente al doble del diámetro visible del sol, y no podían ser descritos por los evangelistas como “una estrella ni tampoco aparece cómo pudieron guiar a los Magos al oeste hasta Jerusalén, reaparecer en seguida al sur y al sudeste arriba de Belén, y permanecer estacionario sobre el sitio en donde Jesús nació. Sea cual fuere la nota, de consiguiente, que ellos hayan tomado de las conjunciones, fueron probablemente impulsados a su viaje por una influencia divina y guiados por una señal milagrosa.

ETAM, *cubil*, I., ciudad de Judea cerca de Belén y Tekoa, visitada frecuentemente por Salomón y fortificada por Roboam, 1 Crón. 4:3; 2 Crón. 11:6. Situada en Urtas o quizá en Aín Atán, al sur de las cisternas de Salomón. “La roca Etam” a la cual se retiró Sansón, Jue. 15:8-19, puede haber estado en sus cercanías, o al norte de Estaol en donde se hallan cavernas y túneles rocallosos.

II. Puede haber habido otra Etam en Simeón, citada en 1 Crón. 4:32.

III. Otra palabra hebrea, significando límite del mar. Estación de los Israelitas en el camino que siguieron cuando salieron de Egipto, Exod. 13:20; Núm. 33:6. Estaba hacia la cabecera del golfo occidental del Mar Rojo, cerca de Ismalia en el canal de Suez; y al desierto que tenía al este, se daba con frecuencia el mismo nombre.

ETÁN, *constante*, I., uno de los cuatro famosos por su sabiduría, aunque aventajados por Salomón, 1 Rey. 4:31; 1 Crón. 2:6. Parece que fue hijo de Zerah o Esdras, y nieto del patriarca Judá, Sal. 89.

II. Levita, hijo de Quisi y uno de los tres maestros de la música del templo, 1 Crón. 6:44; 15:17-19. Según parece, puede haber sido el Jedutún mencionado en 1 Cró. 25:1; 2 Crón. 35:15.

ETANIM, *corriendo constantemente*, un mes llamado así antes de la cautividad, porque las lluvias otoñales comenzaban entonces a llenar el lecho seco de los ríos. Después fue llamado Tishri, y casi corresponde a nuestro Octubre, incluyendo a menudo parte de Setiembre. Era el principio del año civil. En este mes fue dedicado el templo de Salomón, 1 Rey. 8:2. Véanse Tishri y Expiación.

ETBAAL, con Baal, rey de Sidón y usurpador del trono de Tiro, 940-908 A. C. Jezabel fue su hija, 1 Rey. 16:31.

ETIOPÍA, *rostros quemados*, uno de los grandes reinos de África, mencionado a menudo en las Escrituras bajo el nombre de Cus, palabra que puede verse. La Etiopía propiamente dicha estaba al sur de Egipto, sobre el Nilo, limitada al norte por Egipto, en las cataratas cerca de Syene; al este por el Mar Rojo y quizá una parte del Océano Índico; al sur por las regiones del Nilo Azul y Blanco, y al oeste por Libia y los desiertos. Comprendía las comarcas modernas de Nubia, Sennaar y Abisinia. Su principal ciudad era Meroé en la isla o faja de terreno del mismo nombre entre el Nilo y el Astaboras, ahora llamado el Tacazzé, no lejos de la moderna Shendi, Isa. 18; Sof. 3:10.

Se dio el nombre de Seba a la parte septentrional de Etiopía, después Meroé, por el hijo mayor de Cus, Gén. 10:7. Este país era en algunas partes montañoso, y en otros arenoso; pero en su mayor parte estaba bien regado, y era fértil. El ébano, el marfil, el oro y las piedras preciosas, se contaban entre sus artículos de comercio. Su historia está muy ligada con la de Egipto, y los dos países se mencionan con frecuencia juntos en la Biblia, Isa. 20:3-6; 43:3; 45:14; Ezeq. 30; Dan. 11:43.

Zera “el Etíope” que invadió a Judá en el reinado de Asa, 944 A. C., 2 Crón. 14:9-15, se cree por algunos que fue rey egipcio de una dinastía etíope; y por otros, que fue rey de Etiopía en ambos lados del Mar Rojo, esto es, tanto del Cus árabe como del africano. Esto explicaría cómo pudo tener acceso a la tierra de Palestina sin pasar por Egipto. Pero todo este asunto está envuelto en incertidumbre. La reina etíope Candace, cuyo tesorero se menciona en Hech. 8:27, era probablemente reina de Meroé, en donde se sucedieron en el reino varias soberanas que llevaban el mismo nombre. Como este cortesano se dice que fue a Jerusalén “a rendir culto,” se infiere que era probablemente Judío por religión, si no por nacimiento. Parece que había muchos judíos en aquel país. El evangelio se hizo a muchos partidarios entre ellos; y a principios del siglo IV, toda la Biblia fue traducida del griego al antiguo idioma de Etiopía.

La Etiopía de que se habla en Gén. 2:13, no es la Etiopía Africana, sino una de las regiones del Oriente, llamada en Hebreo Cus.

EUBULO, *prudente*, 2 Tim. 4:21.

EUFRACTES, o EUPHRATES, *copioso*, río famoso de Arabia, cuyos manantiales se hallan en las montañas de Armenia, uno cerca de Ararat y el otro cerca de Er-zeroom, y corre a lo largo de las fronteras de Capadocia, Siria, Arabia Deserta, Caldea, y Mesopotamia, y desemboca en el Golfo Pérsico. Recibe al Tigris en un lugar llamado Kurnah, dándose a la corriente así unida el nombre de Shat-el-Arab. Cinco millas abajo, el Shat-el-Arab recibe por el noreste al Kerkhah, que tiene un curso de más de 500 millas. Sesenta y dos millas abajo de la desembocadura del Kerkhah, otro gran río, el Kurán, se une a esta corriente por el este. Actualmente entra en el Shat-el-Árabe cuarenta millas arriba de su

desembocadura; pero antes corría al Golfo Pérsico por un canal separado, al este de la corriente principal. Con arreglo a la creencia que coloca el jardín del Edén cerca de la confluencia del Tigris con el Éufrates, estos ríos podrían considerarse como los cuatro del Paraíso. La Escritura a menudo llama al Éufrates simplemente “el río,” Exo. 23:31; Isa. 7:20; 8:7; Jer. 2:18; o “el gran río” y lo designa como el límite oriental de aquella tierra que Dios prometió a los Hebreos, Deut. 1:7; Jos. 1:4. Se ve rebosar en el verano, estación en que la nieve de las montañas de Armenia comienza a derretirse. Los manantiales más cercanos de éste río y del Tigris distan entre sí muy pocas millas.

El Éufrates es un río de importancia en la geografía bíblica, por ser el límite oriental más lejano del territorio de los Israelitas. Fue en efecto raro que el dominio de los Hebreos llegase a esa distancia; pero parece que aun el Egipto, en el reinado de Faraón Necho, hizo conquistas en las márgenes occidentales del Éufrates. El río tiene como 1,800 millas de largo.

Su corriente general toma la dirección del sudeste; pero en una parte de ella se dirige al oeste y se aproxima al Mediterráneo cerca de Cilicia. Va acompañado del Tigris en su curso general. Hay muchas poblaciones en sus márgenes, que son en general más bien planas que montañosas. El río parece que no es de considerable anchura, la cual varía, sin embargo, de 60 a 600 yardas. Su corriente ordinaria, después de llegar a las llanuras de Mesopotamia, es algo lenta, no pasando de tres y media millas por hora, y en esta parte de su curso fueron abiertos muchos canales para evitar que causase perjuicios, y para sacar provecho de las inundaciones anuales. En Seleucia y Hilleh, la antigua Babilonia, se aproxima mucho al Tigris, y algunas de sus aguas se le sacan por medio de canales para llevarlas a este último río. De nuevo, sin embargo, vuelven a alejarse uno de otro, 110 uniéndose en el mismo canal sino hasta una distancia de cosa de 120 millas del Golfo Pérsico.

No es muy a propósito para la navegación; con todo, embarcaciones ligeras lo suben como mil millas, y los modernos botes de vapor que ahora suben desde el Océano, encuentran la misma clase de balsas de pieles de chivo que surcaban el río hace miles de años.

EUNICE, *buena victoria*, madre de Timoteo e hija de Loida. Siendo judía, aunque su marido era griego, Hech. 16:1; 2 Tim. 1:5; transmitió a su hijo las lecciones de la verdad que ella misma había recibido de una madre piadosa.

EUNUCO, *cuidador de lechos*, encargado de los departamentos interiores de los palacios orientales, e instrumento a menudo de su amo para toda clase de vicios y de crímenes. Pero esta palabra denota muchas veces simplemente un empleado de la corte. Tales eran Potifar, amo de José, Gén. 39:17, y el tesorero de la reina Candace, Hech. 8:27. Nuestro Salvador habla de algunos que voluntariamente se abstienen del matrimonio para trabajar más eficazmente por el reino de Dios, Mat. 19:12; y el apóstol Pablo recomienda la misma abstinencia en ciertos casos excepcionales, en tiempos de persecución, 1 Cor. 7:26, 27. Véase Gaza.

EUROCLIDÓN, agitador oriental de las olas, viento tempestuoso que sopló sobre el buque de Pablo en la costa meridional de Creta y al fin lo hizo naufragar en Malta, Hech. 27, soplando del este-nordeste. Ahora se le llama “viento de Levante.”

EUTICO, afortunado, joven que fue muerto en Troas al caer de la ventana del cuarto de un tercer piso, en donde Pablo estaba predicando. Fue restituido milagrosamente a la vida, Hech. 20:6-12.

EVA, viviente, la primera madre del género humano, y la causa de nuestra caída. Su historia se halla tan estrechamente enlazada con la de Adán, que las observaciones hechas en el artículo Adán, se aplican también a ella. Fue hecha, se nos dice en Gén. 2:18-22, para el hombre, y de él; subordinada a él mismo y más débil, y con todo, para que la amara como su propio cuerpo. La historia de la mujer en todos tiempos ha sido un notable cumplimiento de las penas especiales pronunciadas contra ella, y de las promesas que se le hicieron, Gén. 3:15, 16. Véanse también 2 Cor. 11:3; 1 Tim. 3:13.

EVANGELIO, significa buenas nuevas, y es aquella revelación y dispensación que Dios ha hecho conocida a los hombres culpables por medio de Cristo nuestro Salvador y Redentor. La Escritura habla del “evangelio del reino,” Mat. 24:14; del “evangelio de la gracia de Dios,” Hech. 20:24; “de Cristo” y “de paz,” Rom. 1:16; 10:15. Es el “glorioso” y “eterno” evangelio, 1 Tim. 1:11; Apoc. 14:6, y bien merece los más nobles epítetos que se le pueden dar. La declaración de este evangelio fue hecha por la vida, las enseñanzas, la muerte, resurrección y ascensión de nuestro Señor Jesucristo.

Los escritos que contienen el relato de la vida de nuestro Señor, de sus milagros, muerte, resurrección y doctrina, se llaman Evangelios, porque incluyen las mejores nuevas que pudieron publicarse a la humanidad. Tenemos cuatro Evangelios canónicos, a saber: el de Mateo, el de Marcos, el de Lucas, y el de Juan. Estos no sólo han sido generalmente recibidos desde un principio, sino que lo fueron como estandartes de la historia evangélica y como depositarios de las doctrinas y hechos de Jesús. Se apela a ellos bajo tal carácter, tanto por sus amigos como por sus enemigos; y no hay un escritor de los que impugnan o defienden el cristianismo, que reconozca algún otro evangelio de autoridad igual o concomitante, si bien ha habido otros muchos que han pretendido ser memorias auténticas de la vida y obras de Cristo. Algunos de estos evangelios apócrifos existen todavía. Contienen muchos errores y leyendas, pero tienen no obstante un valor indirecto.

Parece que hay objeción válida a la idea abrigada por muchos de que los Evangelistas se copiaron los unos de los otros, o de un Evangelio más antiguo y extenso. Si Marcos escribió con el Evangelio formado antes de él por Mateo, y Lucas con el de Mateo y Marcos, o no, es cosa que no sabemos; pero sí que “hablaron según eran movidos por el Espíritu Santo,” al narrar los hechos y dichos de Cristo que ellos habían visto o sabían que eran verdaderos, valiéndose para ello sin duda de las relaciones más auténticas ya escritas u orales que existían entre los discípulos. No se han sujetado de ninguna manera a un estricto orden de tiempo y de lugar.

Evangelio de Mateo. La época en que se escribió este Evangelio, es muy incierta. Todos los testimonios antiguos, sin embargo, están acordes en manifestar que fue publicado antes de los otros. Se cree por muchos que fue escrito por el año 38 A. D., y por otros, entre los de 50 y 60. Se ha disputado mucho acerca de si éste Evangelio fue escrito originalmente en hebreo o en griego. El testimonio unánime de los antiguos escritores está en favor del original hebreo, esto es, en el de que fue escrito en la lengua hablada entonces en Palestina y para el uso de los cristianos hebreos. Pero por otra parte, la precisión y exactitud de este testimonio se han hecho disputables por no haber noticia histórica de una traducción al Griego, y porque el Evangelio en este idioma, que se conoce, lleva muchas señales de ser original. Las circunstancias de esa época también, y la prevalencia del idioma griego en Palestina, parecen dar peso a la hipótesis de que no fue escrito en hebreo. Hay críticos de los más famosos, tanto de un lado como del otro de esta cuestión, así como algunos que creyendo que fue escrito primero en hebreo, piensan que el mismo autor hizo después una versión en griego. Mateo escribe como “Israelita ciertamente,” como sincero Judío converso que instruye a sus hermanos. Hace a menudo citas del Antiguo Testamento. Representa al Salvador como el cumplimiento de las esperanzas de Israel, como el Mesías prometido,

como Rey del “reino del cielo,” expresión que comúnmente usa en donde los otros Evangelistas hablan del “reino de Dios.”

Evangelio de Marcos. Los antiguos escritores convienen en la opinión de que no siendo Marcos apóstol, escribió su Evangelio bajo la influencia de Pedro. La misma autoridad tradicional, aunque con menos unanimidad y evidencia, lo hace escrito en Roma, y publicado después de la muerte de Pedro y Pablo. Marcos escribió principalmente para los gentiles, como aparece de las frecuentes explicaciones que hace de las costumbres judaicas, etc. Muestra a Cristo como el profeta divino poderoso en obras y en palabras. Es un verdadero historiador evangélico que refiere hechos más que discursos, en un estilo conciso, sencillo y rápido, con detalles a veces minuciosos y gráficos. Una de sus peculiaridades es el uso que hace de la palabra griega traducida “luego,” “inmediatamente,” “presto,” etc., lo cual ocurre cuarenta veces, más que en los otros tres Evangelios.

Evangelio de Lucas. Se dice que Lucas escribió su Evangelio bajo la dirección de Pablo, de quien fue compañero en muchos de sus viajes. Sus miras extensas y su espíritu se asemejan a las del gran apóstol de los gentiles; y su Evangelio representa a Cristo como el compasivo amigo de los pecadores y el Salvador del mundo. Parece que fue escrito principalmente para Teófilo, algún noble Griego o Romano, y su fecha se supone generalmente que fue por el año 63 A. D.

Evangelio de Juan. Todos los antiguos escritores consideran este Evangelio como el último. Fue probablemente escrito en Éfeso, algún tiempo después de la destrucción de Jerusalén. De los treinta y tres milagros de Cristo, consigna siete, uno solo de los cuales se refiere por los otros Evangelistas; y de las treinta parábolas, no consigna ninguna. El Evangelio de Juan revela a Cristo como el Redentor Divino y divinamente designado, y como el Hijo de Dios, manifestado en carne. Es un Evangelio espiritual más bien que histórico, que omite muchas de las cosas que forman la crónica de los otros Evangelistas, y contiene mucho más que los de ellos tocante a la nueva vida en el alma por medio de Cristo, la unión con él, la regeneración, la resurrección, y la obra del Espíritu Santo. El espíritu “del discípulo a quien Cristo amaba” campea en este precioso Evangelio. Fue especialmente adaptado a la refutación de las herejías gnósticas de aquel tiempo; pero igualmente es a propósito para edificar la Iglesia de Cristo en todas las generaciones. Entre sus expresiones características se hallan “habitar” y “dar testimonio,” hallándose estas treinta o cuarenta veces en su Evangelio.

EVANGELISTA. Uno que proclama las buenas nuevas, ya sea predicando o escribiendo. Había primitivamente evangelistas y predicadores que sin fijarse en ninguna iglesia, predicaban en dondequiera que eran conducidos por el Espíritu Santo, como lo hacen actualmente algunos misioneros, Efes. 4:11. Tal fue Felipe, Hech. 21:8. A Timoteo también se le exhorta a que haga la obra de un evangelista, 2 Tim. 4:5. Comúnmente llamamos a Mateo, Marcos, Lucas y Juan “los Evangelistas,” porque fueron los escritores de los cuatro Evangelios que traen a los hombres las alegres nuevas de la salvación eterna.

EVIL-MERODAC, hijo y sucesor de Nabucodonosor, rey de Babilonia, 561 A. C. El trato bondadoso que dio a Joaquín, rey cautivo de Judá, sacándolo de la prisión y distinguiéndolo de varias maneras más que a los otros cautivos, se cita para elogiarlo, 2 Rey. 25:27; Jer. 52:31-34. Su reinado y su vida llegaron a su fin debido a una conspiración encabezada por Neriglissar, marido de su hermana, quien le sucedió el año 559 A. C.

EXCOMUNIÓN. Pena eclesiástica en virtud de la cual los que incurrieran en la culpa de algún pecado enorme, eran separados de la iglesia y privados de sus beneficios espirituales. Así los judíos expulsaban

de la sinagoga a los que creían indignos, Juan 9:22; 12:42; 16:2. Había varios grados de excomunión entre ellos; una consistía en la temporal y parcial exclusión de los privilegios eclesiásticos y de la sociedad; y la otra en una completa separación del pueblo del pacto divino y de sus numerosos privilegios, y en el abandono a la eterna perdición. Véase Anatema.

El derecho y el deber de excomulgar, cuando era necesario, fue reconocido en la iglesia cristiana por Cristo y sus apóstoles, Mat. 18:15-18; 1 Cor. 5:1-13; 16:22; Gál. 5:12; 1 Tim. 1:20; Tit. 3:10. El ofensor que se hallaba culpable e incorregible, tenía que ser excluido de la cena del Señor y separado del cuerpo de los creyentes. Esta exclusión de la asociación cristiana no le quita a uno la obligación de obedecer la ley de Dios y el evangelio de Cristo; ni lo exime de los deberes que tiene como hombre o ciudadano. La censura de la iglesia, por otra parte, no debe ir acompañada como entre los Papistas, de enemistad, maldición y persecución. Implica una privación de aquellos deberes de cortesanía y fraternidad que un hombre está en libertad de cumplir o no; pero no de los que indispensablemente prescribe la humanidad por estar fundados en la naturaleza, la ley de las naciones y el espíritu del cristianismo, 2 Tes. 3:6, 15; 2 Juan 10, 11.

ÉXODO, salida, el nombre del segundo libro de Moisés y la Biblia, que refiere la partida de los Israelitas de Egipto. Continúa la maravillosa e importante historia comenzada en el Génesis, asumiendo una forma nacional, más bien que personal o familiar, y narrando los pasos que condujeron al establecimiento de la teocracia hebrea. Fue evidentemente escrito por un testigo ocular, y abraza un periodo de cerca de 145 años, desde la muerte de José hasta la erección del Tabernáculo en el desierto, 2369-2514 A. M. Los varios asuntos del libro pueden clasificarse de la siguiente manera:

(1.) La opresión de los Israelitas bajo el cambio de dinastía verificado después de la muerte de José. (2.) La juventud, educación, patriotismo, y huida de Moisés, caps. 2-6. (3.) La comisión dada a Moisés, la perversidad de Faraón y el castigo de las diez plagas, caps. 7-11. (4.) La institución de la Pascua, la repentina partida de los Israelitas, el paso del Mar Rojo, la acción de gracias de Moisés y el pueblo en la orilla opuesta, después de la destrucción de Faraón y de sus huestes, caps. 12-15. (5.) La narración de varios milagros obrados en favor del pueblo durante su viaje hacia el Sinaí, caps. 15-17. (6.) La promulgación de la ley en el Monte Sinaí. Esto incluye la preparación del pueblo por Moisés, y la promulgación, primero de la ley moral, luego la de la judicial, y subsecuentemente la de la ceremonial; y comprende también las instrucciones para la erección del Tabernáculo, y la conclusión de aquella casa de Dios, caps. 19-40.

El plan del libro es no solamente conservar el conmemorativo de la partida de los Israelitas de Egipto, sino presentar a la consideración humana la iglesia de Dios en sus aflicciones y triunfos; hacer notar el cuidado providencial que Dios ha tenido de ella, y los juicios infligidos sobre sus enemigos. Claramente pone de manifiesto el cumplimiento de las divinas promesas y profecías hechas a Abraham respecto de que su posteridad sería numerosa, Gén. 15:5; 17:4-6; 46:27; Núm. 1:1-3, 46; y de que serían afligidos en una tierra extraña, de la cual saldrían en la cuarta generación con grandes riquezas, Gén. 15:13-16; Exo. 12:40, 41. Su éxodo en muchos detalles es un buen símil del principio, progreso y fin de la salvación del creyente, y de la historia de la iglesia de Cristo en el desierto de este mundo, hasta su llegada a la celestial Canaán. Véase 1 Cor. 10; y también la epístola a los Hebreos. El libro del Éxodo nos presenta muchos y singulares tipos de Cristo; Moisés, Deut. 18:15; Aarón, Heb. 4:14-16; 5:4, 5; el cordero pascual, Exod. 12:46; Juan 19:36; 1 Cor. 5:7,8; el maná, Exod. 16:15; 1 Cor. 10:3; la roca de Horeb, Exod. 17:6; 1 Cor. 10:4; el propiciatorio, Exod. 37:6; Rom. 3:25; Heb. 4:16; el Tabernáculo, Exod. 40, "El Verbo habitó (o buscó tabernáculo) entre nosotros," Juan 1:14.

Esta salida de Egipto y los subsecuentes viajes de los hijos de Israel, errando por el desierto, forman una de las grandes épocas de su historia. Fueron constantemente conducidos por Jehová, y la serie toda de acontecimientos es una constante sucesión de milagros. Desde que levantaron el campo en Rameses, hasta su llegada a los confines de la tierra prometida, hubo un intervalo de cuarenta años, durante los cuales desapareció una generación entera, y toda la ley mosaica se dio y se sancionó por los truenos y rayos del Sinaí. No existe porción de historia alguna que patentice la interposición de una Providencia que domina las naciones y los individuos del modo como lo hace la que refiere estos viajes de Israel.

Los 430 años a que se hace referencia en Exod. 12: 40, datan según la cronología admitida, del tiempo en que se hizo la promesa a Abraham, Gén. 15:13. Desde la llegada de Jacob a Egipto hasta el éxodo de su posteridad, trascurrieron como 215 años. Las setenta y cinco almas que allí llegaron habían ascendido al número de 600.000 sin contar las mujeres, los niños y los ancianos. Al salir llevaron consigo numerosos ganados y un gran botín tomado de los Egipcios. Sólo por la mano poderosa de Dios pudo haberse efectuado su libertad, y cada uno de los milagros que para ello se obraron, significó un juicio pronunciado condenando a los dioses irracionales de aquel pueblo, Exod. 12:12, a la vez también que la muerte del primogénito de cada casa, deben haberla tomado los Egipcios como venganza de la muerte que daban a los niños hebreos, Exod. 12:12.

Después de que se mandó la décima y decisiva plaga, los Israelitas fueron despedidos de Egipto a toda prisa. Se supone que se reunieron en Rameses, ciudad principal de la tierra de Gosén, como cincuenta millas al noroeste de Suez, en el antiguo canal que unía al Nilo con el Mar Rojo. Partieron el día 15 del primer mes, que fue el que siguió a la Pascua, esto es, como a mediados de Abril. Tomaron el rumbo del sudeste hasta llegar a Etam; pero entonces, lejos de continuar directamente hasta el Sinaí, giraron con dirección de sur, Exod. 14:2, sobre la costa occidental del Mar Rojo, a la cual llegaron probablemente cerca de Suez, tres días después de haber partido. Allí por medio de un fuerte viento del este, Dios dividió milagrosamente las aguas del mar de manera que los Israelitas pasaron sobre su lecho seco a pie; mientras que los Egipcios que intentaron seguirlos fueron ahogados por las aguas que volvieron. El brazo de mar que se halla en Suez, tiene ahora sólo tres o cuatro millas de ancho, y cuando el agua está baja, puede vadearse. Se sabe que en otro tiempo ha tenido mayor anchura y profundidad; pero la arena movediza de los siglos lo ha llenado, y por lo mismo transformado de una manera notable. El milagro obrado en ese lugar fue sorprendente y reveló la mano de Dios más claramente de lo que lo había hecho cualquiera de las diez plagas. Debe hacerse notar aquí también que algunos geógrafos opinan que este milagro se verificó al sur del Monte Atakah, 8 o 10 millas al sur de Suez, en donde el mar apenas alcanza una anchura de seis millas. Esta conjetura da lugar a varias objeciones, si bien no puede probarse que sea falsa. En la actualidad no puede descubrirse la localidad precisa, como lo es el punto de la transición de un alma de la esclavitud de Satanás al reino de Dios; pero en ambos casos la obra es de Dios y la gloria de ella es suya únicamente.

Habiendo ofrecido a Dios gracias por su maravillosa redención, los Israelitas prosiguieron su viaje a lo largo de la playa oriental del Mar Rojo, y atravesando los valles y el desierto llegaron al Monte Sinaí. Esta parte de su camino puede trazarse sin dificultad, y Marah, Elim, y el desierto de Sin han sido identificados con mucha probabilidad. Llegaron al Sinaí el tercer mes, o probablemente como a principios de Junio, habiéndose dilatado un mes en el camino. Allí se dio la ley, y permanecieron en el mismo lugar durante todas las transacciones consignadas en lo restante del Éxodo, en el Levítico y en los nueve primeros capítulos del Libro de los Números, es decir, hasta el día vigésimo del segundo mes (Mayo) del año siguiente, periodo de cerca de once meses.

Levantando entonces el campo de Sinaí, siguieron andando hacia el norte por el desierto de Parán o quizá a lo largo del brazo oriental del Mar Rojo, y después siguiendo al norte, al oeste de El Arabah, llegaron a Kades-barnea, cerca de la frontera sur de Canaán. Refidim, cerca del Monte Sinaí, Tabera, Kibrot-hattaavah y Hazerot en su viaje en el norte, fueron el teatro de incidentes que pueden hallarse descritos bajo sus respectivos títulos. Desde Kades-barnea fueron enviados espías a explorar la tierra prometida, y volvieron con malos informes, probablemente en Agosto del mismo año. El pueblo murmuró, y en castigo le fue ordenado por Jehová que volviese atrás y que anduviese errante en el desierto hasta que en él quedaran los restos de toda aquella generación, Núm. 14:25. Lo hicieron así, vagando de una estación a otra en el gran desierto de Parán, que quedaba al sur de Palestina, y también en el gran valle arenoso El-Ara-bah, que se extiende desde el Mar Muerto hasta el Golfo de Aleaba, brazo oriental del Mar Rojo. En donde, y cómo pasaron estos largos años, es cosa que no sabemos, ni por qué caminos atravesaron el desierto, ni cómo se proveyeron de alimento, además del maná. Moisés dice que rodearon el Monte Seir “muchos días,” siempre guiados por la columna de fuego y la nube, Núm. 9:22; da también una lista de 17 estaciones, la mayor parte desconocidas, en donde descansaron o vivieron antes de llegar a Ezión-geber, Núm. 33:19-35; y entonces hace mención de su regreso a Cades, vers. 36, 37, en el primer mes, Núm. 20:1, después de un intervalo de casi 38 años. Acampados así por segunda vez en Cades, Moisés mandó pedir permiso al rey de Idumea para pasar por sus dominios, esto es, por la cadena de montañas que estaban a lo largo del lado oriental del gran Valle de El-Arabah. Véase Idumea. El rey rehusó darlo, e Israel, sintiéndose demasiado débil para penetrar a Palestina por el sur, por frente de las poderosas tribus de Cananeos que habitaban allí, se vio obligado a tomar el paso meridional alrededor de Edom, Núm. 21:4. Volviendo poco después, llegaron al Monte Hor, en donde Aarón murió y fue sepultado, Núm. 20:20-28. Continuando hacia el sur a lo largo del Valle de El-Arabah, hasta Ezión-geber, situada en la cabecera del Golfo oriental del Mar Rojo, pasaron allí a través de las montañas del este, y en seguida anduvieron dirigiéndose al norte a lo largo del desierto oriental, pasando por el camino que las grandes caravanas de peregrinos sirios, mahometanos, transitan ahora para ir a la Meca. Llegaron por fin al arroyo Zereb, límite meridional de Moab, precisamente a los 40 años de su salida de Egipto. Véase una reseña de los varios campamentos de los Israelitas, en la palabra Peregrinaciones.

EXORCISTA, palabra derivada de una griega que significa conjurar, es decir, valerse del nombre de Dios, o de ciertas ceremonias mágicas con el objeto de expulsar a los demonios de los lugares o cuerpos de que han tomado posesión. Los apóstoles tenían la facultad de arrojar a los espíritus malos, en nombre de Cristo, Mat. 10:1; Mar. 16:17; Luc. 10:17, y había hombres arteros, tanto antes como después de la muerte del Salvador, que pretendían ejercer el mismo poder, Mat. 12:27; Mar. 9:38; Luc. 9:49, 50; Hech. 19:13-17. Se creía que los exorcistas habían adquirido su poder haciendo estudios secretos acerca de la naturaleza de los demonios y de las virtudes de ciertas yerbas, drogas y piedras, y estaban acostumbrados a usar varias formas de conjuros y hechizos en su arte ilegal; pero todo esto no pasaba de ser una impostura, y estaba estrictamente prohibido. Véase Adivinación.

EXPIACIÓN. Un acto por el cual se da satisfacción por un crimen y se cancela la responsabilidad contraída por su comisión. Supone penitencia y fe de parte del pecador. Entre los judíos, la expiación se efectuaba por un sistema de sacrificios típicos designados por Jehová e indicando todos a Cristo. El Nuevo Testamento lo muestra como la verdadera ofrenda que por el pecado puede presentar la humanidad; por ser “el Cordero de Dios,” “nuestra Pascua,” que “ofrece su propia sangre” y quita “el pecado por el sacrificio que hace de sí mismo,” Juan 1:29; 1 Cor. 5:7; Efe. 1:7; Heb. 9:26.

El Día de Expiación era una solemnidad anual observada con descanso y ayuno el diez de Tisri, cinco días antes de la Fiesta de los Tabernáculos, Lev. 23:27; 25:9; Núm. 29:7. Esta fecha correspondería ahora a

los primeros días del mes de Octubre. Las ceremonias de este día importante se describen minuciosamente en Lev. 16. Sólo en este día entraba el Sumo Sacerdote al lugar Santísimo, Heb. 9:7; pero los varios ritos del mismo exigían que lo hiciera varias veces, vestido de blanco; primero con un incensario de oro y una vasija con incienso; en seguida con la sangre del novillo que él había ofrecido por sus pecados y los de todos los sacerdotes, sumergiéndolo en ella su dedo y rociándola siete veces debajo y una encima del propiciatorio. Hecho esto, dejaba la vasija con la sangre detrás y salía de nuevo. La tercera vez entraba con la sangre del carnero que él había ofrecido por los pecados de la nación, rociando con ella hacia el velo del tabernáculo ocho veces; y después de mezclarla con la sangre del novillo, rociaba de nuevo siete veces hacia los cuernos del altar del incienso, y una vez encima de él hacia el este; después de esto, habiendo salido nuevamente del Santuario, llevándose consigo las vasijas de la sangre, la derramaba toda en el piso del altar de los holocaustos. La cuarta vez entraba a sacar el incensario y la vasija del incienso, y al volver se lavaba las manos y practicaba las otras ceremonias propias del día. Lo relativo al macho cabrío que se escapaba, también se verificaba en dicha solemnidad. Se apartaban dos chivos, uno de los cuales se sacrificaba al Señor, mientras que el otro, designado por la suerte para ser puesto en libertad, era enviado al desierto, cargado con los pecados del pueblo, Núm. 29:7-11. Todos estos ritos solemnes indicaban a Cristo, y en todos los siglos ha habido creyentes que han tenido un discernimiento espiritual de su significado sagrado, Heb. 9-11. Han mirado hacia aquel a quien traspasaron, y han lamentado. Así como este día de expiación era el gran día de ayuno de la iglesia judía, así también un dolor piadoso por el pecado caracteriza la mirada que el cristiano dirige al Cordero de Dios, y el placer que le causa el perdón va mezclado con lágrimas de penitencia.

ÉXTASIS. Cierta estado del sistema humano, diferente del producido por los sueños o delirios, y durante el cual los sentidos del cuerpo quedan como suspensos en sus funciones y casi separados del espíritu; estando este ocupado a la vez con fantasmas, como en los arrebatamientos producidos por las enfermedades, o como antiguamente acontecía al recibir las revelaciones de Dios. Numerosos ejemplos se mencionan en la Escritura; como el de Balaán, Núm. 24:3, 16; los de Pedro y Pablo, Hech. 10:10; 11:5; 22:17; 2 Cor. 12:1-4. Compárense también “el sueño profundo” de Adán, Gén. 2:21; y de Abraham, Gén. 15:12-17; la visión de Job, 4:12-17, la experiencia de Saúl, 1 Sam. 19:24, y de algunos de los profetas, Jer. 29:26; Ezeq. 3:15.

EXTRANJERO. La palabra traducida así en algunos pasajes, en otros se ha traducido advenedizo y peregrino. Moisés al dar a su hijo el nombre de Gersón, formado de la palabra hebrea *Ger*, que significa “en una tierra extranjera,” y del copto *shom*, lo hizo reconociendo que era peregrino en tierra ajena. Pedro, al dirigirse a los extranjeros esparcidos en Ponto y otros lugares, significaba con esa expresión a los judíos cristianos residentes fuera de Palestina. La palabra extranjero, advenedizo o peregrino, se aplica no solamente al que reside fuera de su país nativo, Gén. 23:4, o en una tierra sobre la cual no tiene derecho permanente, Gén. 15:13, sino a uno que no es de origen Israelita, Exod. 20:10; Isa. 14:1; Luc. 17:18; comp. vers. 16; a uno de una familia o casa distinta de la mencionada, Exod. 29:33; comp. vers. 32; Núm. 3:10; 16:40; 1 Rey. 3:18; Mat. 17:25, 26, y a uno a quien no se conoce o por quien no se tiene miramiento, Job 19:15.

Entre los Israelitas, los extranjeros o peregrinos identificados con Israel de un modo más o menos permanente, formaban una clase numerosa, para la cual se habían prescrito reglamentos especiales. Esta se componía de la “multitud de diversas clases de gentes” que acompañaron a Israel en su salida de Egipto, Éxod. 12:38, y de sus descendientes, y así mismo de los restos subyugados de los pueblos cananeos, 1 Rey. 9:20, 21; 1 Crón. 22:2; 2 Crón. 2:17; de los cautivos de guerra, refugiados, sirvientes, asalariados, comerciantes, etc. Dicha clase se distingue tanto de los Israelitas de nacimiento, Exod. 12:49, como de los que únicamente se tenían como forasteros, vers. 43. La ley Mosaica trataba

liberalmente a tales peregrinos en sus disposiciones relativas al estado religioso, político y social de los mismos. Estaban sujetos a las leyes de Israel, Exod. 12:19; 20:10; Lev. 17:10, 15; 18:26; 20:2; 22:18; 24:16,22; 2 Sam. 1:13,14. Si eran esclavos, les era obligatoria la circuncisión, Exod. 12:44; comp. Gén. 17:12, 27; si libres, ésta les era opcional; pero sin ella no podían participar de la Pascua o llegar a ser completos ciudadanos, Exod. 12:48, mientras que con ella eran admitidos a todos los privilegios religiosos; y si eran libres, a la mayor parte de los derechos civiles de los Israelitas por nacimiento, vers. 49; Núm. 9:14; 15:14, 16, 26, 29, 30; 19:10; 35:15; 2 Crón. 30:25. No eran elegibles para el trono, Deut. 17:15, y quizá, no podían poseer tierras a perpetuidad, como puede inferirse del privilegio contrario concedido en la visión profética que se halla en Ezeq. 47:22, 23. Los extranjeros incircuncisos tenían menos restricciones en los alimentos que los Israelitas, Lev. 17:12,15; Deut. 14:21. A los jueces se les amonestaba contra la parcialidad en los asuntos en que los extranjeros estuvieran implicados, Deut. 1:16; 24:17, 18. A los Israelitas se les prevenía que los trataran como hermanos, recordando su propia condición cuando estaban en Egipto, Lev. 19:34; Deut. 10:19; y se habían dictado muchos acuerdos especiales en su favor, Lev. 19:10; 23:22; Deut. 16:10-14; 14:20, etc. Compare Jer. 22:3; Zac. 7:10. En el Nuevo Testamento el “prosélito” representa este respecto al “extranjero” del antiguo testamento.

Hay también en el Antiguo Testamento muchas referencias a “extranjeros” en el diverso sentido de extranjeros no naturalizados, 1 Rey. 8:41, 43; “extraños no reconciliados,” Exod. 12:43; Lev. 22:25; Deut. 23:20; 29:22; 1 Rey. 11:1, 8; Esd. 10:2; Ezeq. 44:7, 9; a menudo enemigos declarados de los Israelitas, como en 2 Sam. 22:45; Isa. 1:7; Jer. 2:25; 5:19; Lam. 5:2; Joel 3:17; Abad. 11. La palabra hebrea usada en estos pasajes significa desconocido, extranjero, o extraño. Sin embargo, aun a los llamados así, se les ha hecho el ofrecimiento de aceptación por el Dios de Israel, Isa. 56:3, 6; y se predijo su incorporación en la iglesia del Señor, Isa. 60:10. Los expresados extranjeros están representados en el Nuevo Testamento por los gentiles o paganos, Efe. 2:11, 12. La Moabita Rut era una extranjera de esa clase, admitida a los privilegios del antiguo Israel, Rut 2:10; comp. 1:16.

Se recomienda y manda en el Nuevo Testamento la hospitalidad hacia los extranjeros o viajeros necesitados, Mat. 25:35, 43; Heb. 13:2, así como en el Antiguo, Job 31:32. En Efe. 2:12, 19 esa palabra denota extranjeros en oposición a los ciudadanos nativos.

En un sentido importante, no sólo Abraham, Isaac y Jacob en Canaán, Gén. 23:4; Heb. 11:9, 13, y los Israelitas en Egipto, Exod. 22:21; sino las tribus en la tierra prometida, eran “extranjeros” y “peregrinos,” como residentes vitalicios en una tierra de la cual Jehová era el absoluto y perfecto propietario, Lev. 25:23; Salm. 39:12; 119:19; y los cristianos tienen que considerarse de un modo semejante, 1 Ped. 2:11.

EXTRAÑO, Exod. 21:8, expresión traducida “bárbaro” en Sal. 114:1, y “ajena” en Hech. 7:6. José se condujo como extraño hacia sus hermanos, Gén. 42:7. La expresión “mujeres extranjeras” denota mujeres de otros países, Esd. 10; Neh. 13:27, y en muchos pasajes, rameras, Prov. 2:16; 5:3, 20.

EZEQUIEL, la fuerza de Dios, hijo de Buzi y profeta de la familia sacerdotal, fue llevado cautivo a Babilonia por Nabucodonosor, juntamente con Joaquín rey de Judá, 598 A. C., y puesto cerca del río Cobar. Véase Nínive.

Comenzó su ministerio a la edad de treinta años, según el cómputo general, o más bien el trigésimo después de la renovación del pacto con Dios en el reinado de Josías, Ezeq. 1:1, el cual corresponde al quinto año de la cautividad de Ezequiel. Los ancianos de Israel acudían a él en busca de consejo, Ezeq. 8:1; 14:1; 20:1; 33:31. Profetizó 22 años, de 595-573 A. C. hasta el año décimo cuarto después de la cautividad final de Jerusalén. Durante los ocho primeros años fue contemporáneo de Jeremías. Daniel

vivía también en el mismo tiempo. Ezeq. 14:14, 16; 28:3, si bien la mayor parte de sus predicciones son de fecha posterior. El modo como fueron recibidos sus mensajes se describe en el cap. 33:30-32. En sus escritos hay una maravillosa vehemencia, y profusión de alegorías y símbolos. Fue celoso por la gloria de Dios, y estuvo dispuesto a imponerse cualquier sacrificio en bien de su pueblo, cap. 4:4-6; 24:15-18. Fue uno de los cuatro profetas llamados “mayores,” y así como Jeremías fue a la vez profeta y sacerdote.

El libro de Ezequiel abunda en sublimes visiones de la gloria divina y en terribles denunciaciones contra Israel por su espíritu rebelde contra Dios, y por las abominaciones de su idolatría, caps. 1-24. Contiene también denuncios semejantes contra Tiro y otras naciones hostiles, caps. 25-32. La última parte del libro contiene oráculos respecto de la vuelta y restablecimiento del pueblo de Dios, caps. 33-48, con una descripción simbólica de la Nueva Jerusalén, que no se tuvo en mira tomarla literalmente.

EZEQUÍAS, *a quien Dios fortalece*, piadoso rey de Judá, que sucedió a su padre Acaz por el año 726 A. C., y murió por el de 698. Su historia se encuentra en 2 Rey. 18-20; 2 Crón. 29-32. Compare Isa. 36-38. Su reino es memorable por los fieles esfuerzos que hizo para restablecer el culto de Jehová, haciendo desaparecer “los lugares altos” y destruir la serpiente de bronce; contrástese 2 Crón. 28:22-25; para la deportación final de las diez tribus, 2 Rey. 17; 18:9-12; para su rebelión contra los Asirios; compárese 2 Rey. 16:7, 8; 2 Crón. 28:16-21; para las dos invasiones que hicieron éstos a Judá, marcada la primera por la captura de las ciudades fortificadas, por un ataque sobre Jerusalén, y el pago por Ezequías de un tributo, 2 Rey. 18:13-16. Los anales Asirios de Senaquerib descubiertos en Nínive están de acuerdo con esta narración. Una segunda invasión parece haberse verificado en el curso de dos años, cuando habiendo Senaquerib fracasado en una tentativa contra Egipto, el aliado de Ezequías, Isa. 30:1-7, se volvió y se portó traidoramente con éste, atacando a Lachis, Isa. 30:1-7; 33:1. Entonces siguieron las cartas amenazadoras que Senaquerib dirigió desde Lachis y Libna, la destrucción sobrenatural de una gran parte de su ejército, y la retirada del resto a Asiria, en contestación a las oraciones de Ezequías. Compare Isa. 31:8, 9; 37:33-37.

Los otros acontecimientos notables en el reinado de este rey fueron: su enfermedad, su humillación y la prolongación de su vida por quince años en paz, cosa que milagrosamente se le aseguró; la vanidad que manifestó cuando fue visitado por los embajadores de Merodac-Baladan, y la predicción de que Babilonia, entonces débil y amiga, llevaría un día cautivos a los judíos, Isa. 39; Miq. 4:10. Ezequías coleccionó los proverbios de Salomón, Prov. 25:1. Las profecías de Oseas y de Miqueas fueron en parte hechas en su reinado, comp. Jer. 26:17-19; y Nahúm fue tal vez contemporáneo suyo. Los Salmos 46 y 76 se cree que conmemoran la destrucción de las huestes de Senaquerib. Ezequías fue sucedido por el indigno Manasés.

EZIÓN-GEBER, *espinazo de hombre*, ciudad que se hallaba en la extremidad septentrional del brazo elanítico u oriental del Mar Rojo, y muy cerca de Elat. Los Israelitas descansaron allí en el último año de sus viajes de Egipto a Canaán. Núm. 33:35; Deut. 2:8. En este puerto equipó Salomón una flota para la expedición a Ofir, 1 Rey. 9:26. Otra empresa semejante acometida por Josafat fracasó, 1 Rey. 22:48; 2 Crón. 20:36. Véanse Elat y Éxodo.